MAB

ÁRBOL CAÍDO

Miguel Ángel Blanco
árbol caído

Fundación Lázaro Galdiano

octubre–diciembre 2008

MINISTERIO DE CULTURA

Edita:
© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Subdirección General
de Publicaciones, Información y Documentación

© De los textos: sus autores

© De las fotografías: sus autores

NIPO: 551-08-090-9
ISBN: 978-84-8181-381-4
Depósito Legal: M-42899-2008

MINISTERIO
DE CULTURA

César Antonio Molina
Ministro de Cultura

María Dolores Carrión Martín
Subsecretaria de Cultura

José Jiménez
Director General de Bellas Artes y Bienes Culturales

Nadie puede mantener en la actualidad, como se hizo antaño, que naturaleza y cultura sean ámbitos opuestos y excluyentes. Como organismos vivos, formamos parte de un todo del que es absurdo y suicida querer prescindir, y comprendemos que las culturas humanas han estado siempre arraigadas en un territorio. Las ciencias y las artes del siglo XX han profundizado en el sentimiento de empatía innato que nos relaciona con lo natural. Se ha comprobado que hay una gran similitud genética entre los seres vivos y, desde la poesía, las artes plásticas o la música, se ha enriquecido la expresión de ese sentimiento con una mayor amplitud de miras.

En el reino vegetal, el árbol es el biotipo con el que más intensamente nos identificamos, por su verticalidad, su carácter individual, sus valores simbólicos, estéticos y prácticos. En España la atención y el cuidado de este bien natural ha evolucionado de manera notable y desde muchos ámbitos se trabaja ya en la educación medioambiental, la sensibilización ante los riesgos evidentes de la deforestación y la búsqueda de soluciones. La protección de la naturaleza es asunto de todos, no sólo de los organismos públicos o de las instituciones privadas dedicadas al medio ambiente.

La Fundación Lázaro Galdiano, cuyo Patronato preside el Ministro de Cultura, es algo más que un museo de objetos artísticos. Es la conservadora de un legado histórico y arquitectónico, cuyo jardín recibió grandes cuidados desde el principio. El haya era el mayor orgullo de este jardín, su joya más valiosa, comparable a las obras de arte que atesora el museo, y su pérdida constituye algo más que una merma en el patrimonio vegetal de la ciudad.

Por ello, la Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales consideró, de acuerdo con el patronato de la Fundación, que era preciso rendirle un homenaje, para perpetuar de alguna manera su presencia. Y encargó ese homenaje a Miguel Ángel Blanco, seguramente el artista español que mejor ha entendido la vida de los árboles y que con mayor constancia ha dialogado con ellos. Su trayectoria artística se ha centrado en la observación de la naturaleza, la transmisión de sus mensajes cifrados y la creación de un mundo de nuevos «paisajes» en la *Biblioteca del Bosque*.

Miguel Ángel Blanco ha concebido dos sutiles intervenciones, que no alteran el jardín pero que recogen ese espíritu del árbol caído. Le ha dedicado además dos libros-caja de esta *Biblioteca del Bosque*, adquiridos por el Ministerio e incluidos en esta exposición, que presenta al público la prolongada y fecunda relación del artista con árboles –vivos y muertos– especialmente significativos para la imaginación, la historia y la experiencia personal.

César Antonio Molina
Ministro de Cultura

PATRONATO DE LA FUNDACIÓN LÁZARO GALDIANO

Presidente

César Antonio Molina Sánchez
Ministro de Cultura

Vicepresidente 1.º

M.ª Dolores Carrión Martín
Subsecretaria de Cultura

Vocales

José Alberto Pérez Pérez
Interventor General de la Administración del Estado

Joaquín de Fuentes Bardají
Director del Servicio Jurídico del Estado-Abogado General del Estado

José Jiménez Jiménez
Director General de Bellas Artes y Bienes Culturales

M.ª de las Mercedes Díez Sánchez
Directora General del Patrimonio del Estado

Jesús Rubio Jiménez
Álvaro Martínez Novillo
Leoncio López-Ocón
Asunción Cabrera
Rubí Sanz Gamo

Secretario

Juan Antonio Yeves

Directora Gerente

Jesusa Vega

Índice

Microcosmos de belleza y conocimiento 11

Antonio Colinas

Árboles de poder 17

Miguel Ángel Blanco

Catálogo

Árbol de piedra 35
Árboles místicos, legendarios y proféticos 39
Testigos de la historia 53
Abatidos por causas naturales 63
Supervivientes 73
Tumbadas 77
La amenaza 83
Rituales de crecimiento, conservación y protección 89
Salvaciones 103
El haya roja 109
Dendrologías 113

Currículum 121

Bibliografía 123

Microcosmos de belleza y conocimiento

ANTONIO COLINAS

Difícil es concebir un criterio verdadero y abarcador del arte sin ser fiel a la idea de *Unidad*. Me refiero con ello a que el artista debe buscar en esa unidad la totalidad, el proporcionarse a sí mismo y a la persona que contempla la obra esa dimensión concentrada que es la que hace verdaderamente grandes a los artistas. Muchos pueden ser los recursos formales para abordar el arte verdadero y las vanguardias nos los han ofrecido hasta el agotamiento o el esperpento; pero uno de ellos es y ha sido asomarse al hondón de la naturaleza, a esa especie de fuente que no cesa de manar y de proporcionarle al artista informaciones sin fin.

Estas ideas previas son, a mi entender, imprescindibles para abordar la obra personalísima de Miguel Ángel Blanco. En ella pesan, de una forma premeditada, la naturaleza y sus mensajes, pero nada supondrían una y otros si el artista no hubiera sabido metamorfosearlos de la manera conveniente. El mensaje esencial al que responde el arte está ahí, en ese *macrocosmo* de *microcosmos* que es el bosque, pero la tarea del creador es interpretarlo de la manera conveniente y con unos recursos originales y convincentes, como sucede en este caso.

Supone en verdad un verdadero misterio la contemplación de las obras que nos ofrece esta exposición. Pero, en este sentido, podemos decir que sin misterio tampoco existe verdadero arte, en la medida que éste nunca debe verse subordinado a copiar con simpleza la realidad. Recibe, pues, este artista la llamada de la naturaleza, la voz de ese misterio, y él nos la desvela, pero tornándola a la vez misteriosa.

Los misterios del bosque son muchos, como los de la vida, y Miguel Ángel Blanco se ha propuesto, ya en su dilatada obra, pero particularmente en esta exposición, revelárnoslos. Vemos, por tanto, cómo este artista se ha situado en la centralidad del conocimiento, ha evitado los gestos espasmódicos y los funambulismos tan al uso del «todo vale», para abordar su arte desde lo nuclear, desde esa simiente primera de la que sólo puede germinar y brotar una obra tan convincente como verdadera.

Estudio del artista en Madrid

Tampoco hay que olvidar que el artista verdadero, además de una obra, posee una teoría en la que, a su vez, fundamenta su vida. Adquieren así esa unidad y esa totalidad frente al arte de las que hemos comenzado hablando, una dimensión aún mayor. Convierte el artista su vida en una forma de ser y de estar en el mundo, en una verdadera filosofía de la que también nos nutrimos los que contemplamos su obra. En este sentido, Blanco ha reclamado ante todo esa atención para la naturaleza de la que ha hecho el centro de su trabajo; naturaleza que representa lo duradero, lo que permanece, lo que nos transmite un mensaje que no pasa.

Se trata de lo que él ha reconocido como «nuestra capacidad de profundizar en lo antiguo para descubrir lo nuevo». La naturaleza se convierte de esta manera, ante sus ojos y los nuestros, en un canon de belleza y verdad, de conocimiento, que no cesa de iluminarnos. Resulta que él ha asumido esta experiencia desde su propia vida, al retirarse a ese valle y a ese bosque de la Sierra de Guadarrama que le permite saber muy bien de lo que está hablando y de lo que se está nutriendo.

De esta manera, esa necesidad que él tiene de que su arte sea algo que «se toca y se siente» le permite descender de continuo, apostar por la mirada humilde, la que le concede —partiendo de lo más pequeño—, la comunicación con un

orbe, con un «orden superior». Llegados a este punto debemos aludir ya a la forma (¡qué débil queda esta palabra!) que él utiliza para conformar su obra; forma también sometida al criterio de Unidad que comenzamos señalando, pues si bien es verdad que sus libros-caja son de una gran concreción, dentro de ellos caben formas innumerables del arte al uso (el dibujo, el grabado, la fotografía), pero sobre todo esos materiales inusuales que la naturaleza le entrega (musgos y acículas, cortezas y zarzas, raíces y resinas), microcosmos del macrocosmo, que son los que le proporcionan originalidad y relevancia a su trabajo. Hay, sin embargo, en esta humildad de los materiales del bosque un gran afán de *infinitud*, a la vez que el creador logra ese sentido de abstracción que le permite alcanzar lenguajes y mensajes innumerables.

Estamos, pues, ante un tipo de libros que también se pueden *leer*, pero con otro sentido del habitual. Al abrir el libro-caja abriremos el libro de la naturaleza; es decir, el libro del *conocimiento.* En igual medida, el conjunto de los libros —ese que da lugar a una biblioteca que, sí, es y a la vez no es tal biblioteca— dan lugar a un *mundo* que, de nuevo, vuelve a evidenciar la dimensión extraordinaria de este artista. Y esa biblioteca adquiere y adquirirá un día la dimensión de un *tesoro* que los visitantes futuros tendrán la oportunidad de desvelar una vez más para enriquecerse.

Hay más valores en esta obra a la que venimos aproximándonos. En ella encontramos algo que es muy importante para el escritor que está escribiendo este texto: una *poética de los nombres*. Ese carácter poético de su labor se manifiesta, por ejemplo, en la manera de nombrar las cosas. En sus proyectos, las piedras son «mensajeras», el almez es un «silencio lejano», los pinos son sinónimo de «susurros», el vendaval es algo que desencadena «las auras» o la cabaña es el receptáculo para una «mística». En este relieve que los nombres y el nombrar adquieren en su obra hay algo más que esa teoría que antes subrayábamos: lo que hace el artista es añadir las palabras (la *palabra*) al bagaje de sus hallazgos.

Y hay también en esta obra de Miguel Ángel Blanco la transmisión de un mensaje que no sólo es el hermético de un artista, sino el que acaso necesite nuestro tiempo. Me refiero a un contenido —ecológico o medioambiental, lo llamaríamos quizá a la ligera— de una gran utilidad en los tiempos que corren. Por eso quizá habló en su día Calvo Serraller, al valorar esta obra, de una «voz que clama en el bosque».

En este sentido bien podemos añadir que la de Blanco es una de esas voces que, por esenciales, clama en el mundo tantas veces desgastado o saqueado en el que vivimos. No hay que rehuir, por tanto, en nuestra valoración el carácter testimonial, de utilidad, de esta obra en este cruce de signos en el que el hombre deberá ser con todas las consecuencias o no será. Y esa *forma de ser* obliga, ante todo y sobre todo, a seguir la radical senda de un arte que tendrá que ser obligadamente *nuevo* (no novedoso).

Quisiera terminar mi valoración de su obra de conjunto aludiendo al carácter profundamente *simbólico* de la misma. A la larga son los símbolos los grandes desveladores de los misterios. A la vez, se convierten en recursos de una gran utilidad en los momentos de crisis, como son los que nuestro tiempo padece en varios frentes.

No es raro, por ello, que un artista tan exigente se haya propuesto abordar esas formas que recoge en el secreto de sus libros-caja por medio de símbolos innumerables; esos símbolos que la misma naturaleza le da generosamente, pero que hay que tener, como él, el don de vislumbrarlos, amarlos y posteriormente proyectarlos: estrellas, irisaciones, círculos, mandalas.

Son las formas que unas veces le proporcionan en su maravillosa simplicidad los materiales a los que antes me refería: una hoja, un musgo, una gota de resina… Pero sus intervenciones también conducen de manera recurrente a ese símbolo por excelencia que es el mandala. En las rodajas de un tronco o en la dendrología de helechos o piñones —en lo más humilde— el creador encuentra y nos pone de relieve la significación honda de símbolos supremos.

No es el momento ni el lugar de destacar la honda significación del mandala, símbolo por excelencia para las culturas de Oriente, pero del que nosotros también hemos hecho uso, a veces con una inconsciencia de la que nosotros mismos no somos conscientes. De los rosetones de nuestras catedrales a los dibujos de Hildegard von Bingen, el mandala ha estado presente en momentos críticos de nuestra cultura como recurso último que el creador debe fijar y en el que todos debemos aprender.

Por eso, esas formas mandálicas del arte de Miguel Ángel Blanco son anunciadoras en nuestro tiempo de mensajes en los que debemos *leer*. Su *lectura* del bosque, de la naturaleza, de los microcosmos de ésta, supone no sólo una llamada de atención sino también un auxilio para continuar nuestra travesía vital. O simplemente una *llamada* del *más allá* de significación más honda y trascendente.

BIBLIOTECA DEL BOSQUE, 2008

Pero vengamos de lo general a lo concreto y digamos ya algo sobre la exposición que motiva este texto, la que se celebra en la Fundación Lázaro Galdiano. Va a responder sobre todo a dos apartados: el homenaje al haya a punto de ser talada de la Fundación y la exposición de 45 de los 1.055 libros-caja de que se compone la Biblioteca del Bosque.

Ambos están sometidos a un tema general que el artista nos ha definido con la frase de un poeta y que yo me ciño a repetir aquí: el visitante de la muestra se encontrará con «una senda a través de la noche de los árboles antiguos o caídos que he conocido o *vivido*». Subrayo por mi cuenta esta última palabra porque es la que nos evidencia muy bien todo el sentido experiencial, cosmogónico, de la *aventura* en la que este artista se ha visto sumergido. Su arte es, ante todo y sobre todo, consecuencia de su experiencia *vital*.

El primero de los proyectos aborda el tema de la muerte del árbol desde aspectos sombríos y fantasmales. El árbol que fue presencia viva en el museo, el árbol reseco, ahora muerto, el árbol que va a ser talado, debe quedar en la memoria del museo y de sus visitantes como algo velado, pero a la vez muy vivo en esa vida —aún— que mostraban las últimas hojas que el artista recogió del haya moribunda en el año 2007.

Habrá, pues, una perduración del gran símbolo que fue el haya y se abrirá el círculo de esa muerte precisamente con la plantación de un haya nueva y joven. El ciclo vital continúa y la idea clave —perenne, iniciática—, del eterno morir y renacer quedará fijada por medio del misterioso mensaje artístico.

Los 45 libros-caja que van en esta exposición, con aludir a esa concreción que sólo poseen los árboles antiguos o caídos, evidencian en su plenitud esos microcosmos de los que atrás hemos escrito. A la vista de ellos también podemos hablar, una vez más, de una *poética de los nombres*, bien por medio del papel utilizado (de estraza, verjurado, de croquis, vegetal, de algodón, de piel de árboles); de las técnicas sutiles que el artista utiliza con tanta normalidad como destreza (dibujo, acuarela, xilografía, fotografía); de los colores fogosos..., pero sobre todo esa *poética* se evidencia por medio de los materiales que ha usado en estas obras (ramas, restos de fuego y

de carbones, picón de encina, plumas y plomo, resinas, fundas de víbora, cera, astillas, piñas, serrín y polvo de mármol, raíces y azufre, parafina y acículas, algodón, bellotas, piñones, arenas…).

Vemos, por tanto, ante las obras de esta exposición, que Miguel Ángel Blanco nos vuelve a ofrecer su mundo de mundos a través de una gran cantidad de recursos creativos, pero que son la expresión de esa *vía de conocimiento* que, ante todo, nos parece la obra de este artista.

De que termino de escribir este texto se da en mi mente una maravillosa, jungiana muestra de *sincronicidad*. Sucede en el momento en que observo un libro-caja concreto: el que dedica al ciprés-enebro de San Juan de la Cruz que se halla en Segovia. Y recuerdo precisamente ahora unos restos que yo conservaba de tres materiales para mí preciosos: unas astillas del árbol que San Juan de la Cruz plantó en el Carmen de los Mártires de Granada, junto al acueducto que también levantaron sus manos y las de su hermano Francisco; unas mínimas rosas secas de la tumba de Rilke; unas ramitas del matorral silvestre que crece junto a la tumba de Ezra Pound, en el cementerio-isla de Venecia.

A estos tres símbolos les puso un día mi hija Clara cristal y marco. A mí me parecía que el conjunto —más allá de los nombres propios de los tres grandes poetas— era algo que poseía una honda significación. Ahora, tras contemplar la obra de Miguel Ángel Blanco, he desvelado y comprendido esa significación.

«Todo es Uno y Uno es Todo», parece ponernos de relieve con el dicho platónico el arte originalísimo de Blanco. Y gracias a esa Unidad aún vivimos y ensoñamos. Y es una Unidad que se nos desvela especialmente, con sus microscosmos infinitos, a través de la clamorosa (y a la vez silente) *llamada* del bosque. Porque en resumidas cuentas, y como nos recordara Virgilio en sus *Geórgicas* con un dulce ruego: «por encima de todo nos plazcan los bosques». Nos va en ello la vida.

ÁRBOLES DE PODER

Miguel Ángel Blanco

El árbol es uno de los más firmes ejes de la vida material y espiritual de numerosas culturas, con una historia inmemorial. Hoy continúa siendo una gran fuente de conocimiento, caudalosa para quienes comprenden su valor y sienten su energía. Mi Biblioteca del Bosque, iniciada en 1985 y compuesta en la actualidad por 1.055 libros-caja, se ha construido en torno a ese eje —aunque haya dado cabida a otras muchas formas orgánicas e inorgánicas—, siempre a partir de experiencias personales. La muerte del haya roja (*Fagus sylvatica* var. *purpurea*) en el Jardín Florido de la Fundación Lázaro Galdiano ha dado pie a esta exposición que revisa mi relación con individuos arbóreos de particular relevancia, por su antigüedad, su carácter legendario, su protagonismo en mi entorno vital y artístico. Mi devoción hacia ellos. Son árboles vividos y ensoñados cuya existencia es inmortalizada en mi Biblioteca y que, juntos, constituyen un bosque de presencias imponentes. El homenaje, la protección y la renovación han sido las formas de diálogo con ellos más frecuentes.

Los yacimientos arqueológicos, los museos de historia natural y las especies prehistóricas que se han perpetuado hasta hoy dan testimonio de la sabiduría con la que el árbol ha hecho frente a las adversidades geológicas y climáticas. Unas especies son más longevas que otras, pero siempre han existido ejemplares con particular resistencia al tiempo, venerados por su antigüedad. Cuando su vida se extingue por causas naturales no nos queda más que admitir la justicia de los ciclos vitales y admirar el poder que conserva el árbol caído. Pero el árbol, más allá de su explotación sostenible para la obtención de madera, está bajo la amenaza del ser humano. La excelencia de la naturaleza nos ha dado los árboles y nuestra obligación es preservarlos. En vez de ello, vemos cómo grandes extensiones forestales son mermadas y, a nivel más local, cómo se trata con desprecio a los árboles en las calles y en los jardines. Por razones diversas, entre otras las obras de rehabilitación del palacio y una mala actuación «paisajística» que cortó parte de sus raíces secundarias, el haya roja

Proyecto para el vidrio grabado al ácido. Simulación de vista desde el interior

Maqueta de la proyección de luz sobre el torreón de la Fundación Lázaro Galdiano

del Jardín Florido, que tenía más de cien años, se secó. La consternación del personal de la Fundación Lázaro Galdiano y de todos aquellos que conocían y amaban a este magnífico ejemplar fue muy grande. Se estudiaron las posibilidades de salvarlo y se concluyó que no eran viables. La Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Cultura quiso entonces, en colaboración con la Fundación, encargarme un proyecto artístico para hacer perdurar de alguna manera la presencia del árbol. Lo primero que hice fue tener una audiencia con el haya, que tuvo lugar el 7 de diciembre de 2007, con el fin de comunicar con su poder, sentirlo e interpretarlo. También visité el otro ejemplar de haya centenaria existente en Madrid, que se encuentra, esplendorosa, en el Real Jardín Botánico. Y realicé una expedición al Hayedo de Montejo, helado. Tras este cónclave de las hayas, el código comunicativo que elegimos fue el del húmedo silencio, el de la levedad y la transparencia. El proyecto, el renacer del haya, será sombra luminosa y hielo, luz y cristal escarchado.

Al igual que el árbol nunca puede ser percibido desde un único punto de vista, el memorial del haya debía tener varias perspectivas, expresadas en diferentes medios, visibles desde diferentes ubicaciones y con distintas condiciones lumínicas, diurnas y nocturnas. Son, por tanto, tres intervenciones en el jardín las que evocan sutilmente la presencia ya fantasmal del árbol. La primera consiste en la proyección de la silueta del haya seca sobre el torreón del museo. Al atardecer se empieza a dibujar sobre la fachada del edificio que da al jardín, centrada en el torreón, la sombra luminosa del árbol ausente. Se ha instalado un potente foco que muestra no la sombra sino el negativo de la sombra, es decir, una figura de luz. La segunda intervención ha fijado, a través del grabado al ácido en el gran ventanal de la tienda, la parte de la imagen del árbol que se veía desde el interior y a través de él —aproximadamente desde el centro de esa estancia—. Esta forma de trabajo enlaza con la destacada colección de objetos de vidrio y cristal que atesora el museo. La tercera, de la que soy sólo promotor y testigo, cierra el ciclo vital con la plantación de una nueva haya roja traída, como la que murió, de Navarra, de donde procedía también Lázaro Galdiano.

El proyecto se completa con la realización de dos libros-caja de la Biblioteca del Bosque con materiales del haya: uno con sus últimas hojas y otro con su madera interior. Y con la exposición *Árbol caído* en la sala de exposiciones de la Fundación

Lázaro Galdiano, una senda a través de la noche de los árboles antiguos o caídos que he conocido y he vivido. Libros-caja que contienen partículas de estos árboles y sus experiencias. Su viaje al más allá.

He querido dividir la exposición en diferentes apartados o secciones, reuniendo árboles clasificados en distintas categorías.

ÁRBOL DE PIEDRA

Son los fascinantes árboles fósiles, caídos y eternizados por la petrificación. En abril de 2007 se encontró el árbol más antiguo conocido hasta la fecha, con 385 millones de años, que vivió en un tiempo en que aún no habían aparecido sobre la Tierra ni los dinosaurios ni, por supuesto, el hombre. Sus únicos compañeros eran los artrópodos. Es un ejemplar de *Wattieza cladoxylopsid* del Devónico, un tipo de helecho arborescente hallado en el condado de Schoharie, en el estado de Nueva York. Tiene casi nueve metros de altura y, de manera excepcional, conserva las ramas y las raíces; se mantenía en pie cuando fue cubierto por sedimentos y posteriormente se fosilizó. Igualmente impresionantes son los bosques petrificados del noreste de la provincia de Santa Cruz, en la Patagonia argentina, más jovenes —unos 130 millones de años— y por tanto con árboles más evolucionados, del tipo de la araucaria. A principios del Cretácico, las erupciones volcánicas enterraron esos bosques en cenizas, por lo que algunos troncos quedaron en pie y forman hoy grandes conjuntos de fósiles.

En España tenemos un yacimiento de árboles fósiles en el entorno del pueblo de Hacinas, en la Sierra de la Demanda, con la misma antigüedad que los de la Patagonia. En esos tiempos había en Burgos un caluroso y húmedo clima tropical que permitió el desarrollo de una espesa selva en la que crecía una variedad de conífera de la familia de las podocarpáceas, que podía alcanzar los 80 metros de altura.

A lo largo de los años me he interesado por los xilópalos, fragmentos de troncos o ramas fósiles que atrapan la edad infinita de los árboles, y he reunido una pequeña colección. Los he utilizado en algunos libros, como el n.º 312, *Astillas de un bosque petrificado en Albacete,* o el n.º 779, *Tremor en el castaño de El Tiemblo,* en el que incluí dos rodajas de xilópalo procedentes de Madagascar, con una antigüedad de 80 millones de años, junto a unas castañas del centenario «El abuelo».

ÁRBOLES MÍSTICOS, LEGENDARIOS Y PROFÉTICOS

El árbol es un símbolo universal. Venero de sabiduría, tiene un papel destacado en ceremonias de muchas culturas y religiones, y es personaje de numerosas narraciones míticas y leyendas. Está implicado en diversas cosmogonías, en historias de fundaciones de ciudades, de revelaciones, de epopeyas históricas o imaginarias. Árboles que tuvieron o no una existencia física pero que viven en la memoria; ejemplos de sorprendente perennidad, por su asociación a restos arqueológicos o por el cuidado que muchas generaciones han puesto para hacer vivir los renuevos de esos ejemplares venerables.

Uno de los más célebres es el pipal o árbol de Bodhi bajo el que Siddhartha Gautama se convirtió en Buda tras alcanzar la iluminación, en Bodhgaya, estado de Bihar, India. En el lugar que ocupó vive un descendiente suyo con seis de cuyas hojas, reducidas a sus nervaciones, realicé el libro n.º 740, *Ficus religiosa,* nombre científico de ese tipo de higuera. La tradición dice que, después de la iluminación, durante una semana Buda siguió sentado donde estaba, meditando; la semana siguiente hizo lo mismo caminando y la tercera la dedicó a contemplar el pipal. Sobrevivió durante siglos y, además, tiene numerosos hijos en India y otros países budistas: es especialmente reverenciado el que florece en el monasterio Mahavihara de Anuradhapura, en Sri Lanka.

También en países desérticos, como Egipto, han desempeñado los árboles un papel de importancia capital. Hatshepsut quiso justificar la usurpación que la llevó al poder y ganarse el favor de los sacerdotes de Amón ofreciéndoles el olivano, o incienso en resina, sustancia ritual imprescindible para el culto. Organizó una gran expedición marítima al Punt para llevar a Egipto el árbol del incienso (*Boswellia sacra*), enviando allí cinco grandes navíos hechos con espléndidos troncos de cedro del Líbano con mástiles de nueve metros de altura. Ella consideró este viaje como la culminación de su reinado, y así lo hizo saber en los exquisitos relieves de su templo funerario en Deir el-Bahari, de gran interés etnográfico y botánico. El templo estuvo rodeado de estanques y jardines, y en el recinto quedan tocones de los viejos árboles que plantó la reina. De ellos extraje unas astillas conservadas en el libro n.º 1028, *El árbol del incienso de Hatshepsut.*

Los enclaves religiosos no sólo incluyeron árboles en los jardines, sino que alcanzaron sus formas arquitectónicas canónicas a partir de la elaboración de las construcciones vegetales en las que se realizaron las ceremonias más ancestrales.

Ciprés de la Sultana
en el Generalife (Granada)

Así, en el complejo funerario de Zoser en Saqqara, el arquitecto Imhotep imitó los tallos de palmera o de papiro en las columnas nervadas. De la fachada oriental de la pirámide escalonada sobresalen dos viejos troncos de madera hacia los que trepé por la piedra ardiente para obtener tres astillas guardadas en la caja del libro n.º 1027, *Árbol interior Saqqara.*

A Karnak se llevaron los árboles del incienso de Hatsepshut, pero no son los únicos que crecieron y crecen en el recinto más sagrado de Egipto. En su extremo septentrional, fuera del trasiego de visitantes, una de las tres capillas del templo de Ptah está dedicada a la diosa Hathor, que habita allí en forma de una de sus manifestaciones, la leona solar Sekhemet; es una impresionante estatua de granito negro sumida en la oscuridad e iluminada cenitalmente por la luz del ocaso de Tebas. A la puerta de ese templo crece un sicomoro, que fue el árbol asociado a Hathor: uno de sus títulos era el de «Señora del sicomoro». No sería raro que ese árbol, del que tomé los rezumantes higos y unas ramitas que se ven el libro n.º 1035, *Sicomoro Sejemet,* fuera descendiente de los que en tiempos faraónicos debieron rodear la construcción. El sicomoro, por otra parte, fue una especie muy valorada por los egipcios porque con su madera se fabricaban los mejores sarcófagos, y confería así a los muertos vida eterna. El *Libro de los Muertos* lo expresa así: «He abrazado el sicomoro y el sicomoro me ha protegido; las puertas de la Duat me han sido abiertas». Además, sus fibras se utilizaron para tejer los cordones de los que colgaban los amuletos de vivos y muertos.

La mística y el árbol se vinculan a menudo. En lo más alto del monasterio de los Carmelitas Descalzos en Segovia se yergue el esqueleto del ciprés —otro árbol funerario— que allí plantó, en el siglo XVI, San Juan de la Cruz. Fragmentos de su madera seca, recogidos a la luz crepuscular reflejada por el Eresma, agua encendida, y de los renuevos que han nacido de sus raíces, se reúnen en el libro n.º 1047, *Ciprés de San Juan de la Cruz.* San Juan plantó otro ciprés, éste vivo, en el Carmen de los Mártires de Granada, a cuya sombra, dicen, escribió *La noche oscura del alma.* Es curio-

sa la indefinición botánica de los árboles plantados por el santo, pues al de Granada se le ha conocido tradicionalmente como «el cedro de San Juan» y el de Segovia, según el vigilante de la capilla alta, sería un ciprés-enebro (?) de madera incorruptible.

El ciprés es símbolo de longevidad, y en la China antigua se consumían sus semillas para dotarse de ella; también se aseguraba que si se frotaban los talones con su resina, se podría caminar sobre el mar. El ciprés más antiguo de la ciudad de Granada, con 600 años de edad y ya seco, se encuentra en un patio del Generalife al que da nombre: es el «ciprés de la sultana», paradigma de una categoría de árboles que propician los encuentros furtivos. Bajo éste, dice la leyenda, la mujer de Boabdil tenía encuentros con un abencerraje; la venganza del rey contra todos los varones de la familia del traidor dio nombre a una de las más bellas de la Alhambra. El ciprés, según la leyenda, fue fulminado por un rayo, y es recordado en el libro n.º 1052.

También van de la mano el árbol y el chamanismo. En el libro n.º 392, *Raíz del nagual,* que recoge en su caja fragmentos de un anciano nogal abatido por el viento, se recuerda al espíritu animal, vehículo de los dioses, que da poder a los chamanes y que, en la tradición tolteca, es el doble proyectado que cada ser posee desde su nacimiento, encargado de protegerlo y guiarlo. El nagualismo dice que los árboles están más cercanos al hombre que las hormigas. Árboles y hombres comparten emanaciones. Antiguos videntes desarrollaron técnicas de brujería para atrapar la conciencia de los árboles, usándolos como guías para bajar a los niveles más profundos. El nogal es mi nagual. En la rama que hay en el libro perforé una forma trapezoidal similar a las que he visto en representaciones antiguas de los chamanes mexicanos.

Conseguí en la puerta principal del mercado de Sonora, en Ciudad de México, que está especializado en plantas curativas y materiales para la magia, unos extraños fragmentos de madera con vetas oscuras que me vendieron como «árbol de la víbora», remedio para infecciones y hongos. He clasificado el libro que hice con ellos, el 794, entre los árboles míticos porque no he conseguido identificar esa especie sanadora o mágica. Sólo encontré un estudio sobre curanderos de Veracruz en el que se habla de un «árbol de la víbora» descrito como *Erythrina americana.* Por lo que he sabido, no se corresponde con los fragmentos que tengo. Involuntariamente, he hecho compartir el misterio con quienes han visto la reproducción de mi libro en algún catálogo, y he recibido algunas consultas al respecto que no he podido contestar.

En México, los árboles están en el origen de fundaciones de ciudades. Tenochtitlán (hoy Ciudad de México) se ubicó en el entorno señalado por la legendaria águila que, tras cientos de años de peregrinar, se posó en la cima de un nopal para devorar a una serpiente en el año 1325. A ese acontecimiento dediqué el libro n.º 799, *La gran Tenochtitlán,* con fragmentos de raíz de nopal de Zacatecas (no incluido en la exposición). El nopal no es en propiedad un árbol, sino una cactácea —aunque los ejemplares añosos pierden sus hojas inferiores y crecen sobre un tallo leñoso—, y su capacidad de renovación lo convierte en símbolo de inmortalidad. Sí lo es el gran mesquite (o mezquite, del nahuatl *mizquitl*) que crece junto al Templo de Santa María Magdalena en Tequisquiapán. La historia revela que bajo él se celebró la misa de fundación de la ciudad en 1551; pero la población existía antes, y circula la leyenda, seguramente inspirada en la de la antigua Ciudad de México, de que otro águila fundadora se posó en el mesquite en tiempos prehispánicos; las vainas de sus semillas están en el libro n.º 921, *Mesquite, árbol fundador de Tequisquiapán.* Como el nopal, el mesquite parece eterno pues, aunque se tale, renace de cualquier pedazo de raíz que haya quedado enterrado.

Mi vida ha estado ligada a los árboles, a los que he mirado como iguales, y en ellos he querido ver mi destino. El libro n.º 1000, *Trombiosis,* marcó un momento de crisis milenarista, con un presagio de muerte. En Quintanar de la Sierra, junto a la necrópolis de Cuyacabras, encontré un nudo de un roble antiguo tallado con unas hendiduras que prefiguraban el recorrido alternativo que habría de buscar la sangre en mi brazo derecho tras sufrir una trombosis.

TESTIGOS DE LA HISTORIA

El árbol al que más libros-caja he dedicado es el Pino de las Tres Cruces, que estaba ya en el Valle de Cuelgamuros cuando Rubens y Velázquez visitaron El Escorial en 1628; aparecía en una vista del monasterio del primero, que se quemó. Fue durante siglos hito geográfico —pues marcaba la linde entre los territorios de San Lorenzo de El Escorial, Peguerinos y Guadarrama—, árbol vigía, lugar de leyendas y referente para caminantes. Los vientos y el paso del tiempo acabaron por abatirlo en 1991, cuando tenía cerca de 500 años. Asistí a su tala, a la plantación de tres pinos laricios en sustitución y realicé con fragmentos de su

madera varios libros —actos simbólicos en defensa del paisaje—, tres de los cuales fueron adquiridos por los ayuntamientos citados a instancias de la Agencia de Medio Ambiente de la Comunidad de Madrid en el primer acto de homenaje institucional a un árbol caído recogido en mi Biblioteca del Bosque, y precedente de este renacimiento del haya roja de la Fundación Lázaro Galdiano. En la exposición, el Pino de las Tres Cruces está representado por el libro n.º 438, que contiene un fragmento de su corazón lígneo.

Muchos pueblos tienen su árbol emblemático. El gran ejemplar que preside la vida cívica o que se asocia al acontecimiento histórico o religioso que más ha marcado a la villa. Fueron muchas las plazas presididas por un gran olmo. La grafiosis, como veremos, acabó con casi todos, incluyendo al conocido como «olma de Rascafría», que finalmente fue derribado en el año 2000 por el peso de la nieve. En el libro n.º 776 evoco la larga lucha del árbol con la nieve. Tenía, como el Pino de las Tres Cruces, cerca de cinco siglos de vida, y se cuenta que servía de refugio al bandolero decimonónico «El Tuerto Pirón». No sería difícil cobijarse dentro de él, pues el proceso que la misma Agencia de Medio Ambiente eligió para conservar el árbol muerto —completando su ahuecamiento natural y liofilizándolo— permite ver su dilatado espacio interior.

Significado cívico, y político, tiene el árbol de Guernica, el roble bajo el que el Señor de Vizcaya primero y los reyes castellanos después juraban respetar los fueros vizcaínos; hoy, el Lehendakari promete allí cumplir su cargo. Una misma historia, pero cuatro ejemplares en una línea sucesoria que arranca del siglo XIV con el «árbol padre», que vivió hasta 1742; en su lugar se plantó el «árbol viejo», superviviente hasta 1860 y sustituido a su vez por el «árbol hijo», que murió en 2004 y fue reemplazado por uno de sus retoños. Recogí, antes de que fuera talado, algunas ramitas tronchadas por el viento, que forman parte del libro n.º 924. El roble de Guernica, testigo del drama de una población y símbolo del pueblo vasco, es también ejemplo de respeto a la vida arbórea, y de colaboración por parte del hombre en la pervivencia de determinados ejemplares.

Hay dinastías de árboles de la misma manera que hay dinastías de hombres. Una idea que recoge la «senda de los robles reales» de Białowieża, en la frontera entre Polonia y Bielorrusia. Son robles de cerca de 50 metros de altura apodados

con los nombres de los más celebrados reyes de Polonia y Lituania, que en muy temprana fecha protegieron la zona como reserva de caza, propiciando su conservación como la única zona de bosque atlántico original que se conserva en Europa. Estos robles son contemporáneos de los monarcas que cazaron aquí en el siglo XVI, y son los verdaderos reyes del bosque. El libro n.º 938 está hecho con sus cortezas.

ABATIDOS POR CAUSAS NATURALES

He citado algunos casos de árboles que han sucumbido a las fuerzas de la naturaleza en la montaña. Pero también en la ciudad ocurre. El Jardín Botánico de Madrid, refugio de muchas especies arbóreas de gran valor, ha debido lamentar la muerte por causa natural de uno de sus emblemas: el almez llamado «El abuelo», al que he homenajeado en el libro n.º 454, *Almez, silencio lejano.* Además, unos hongos xilográficos tomados de su corteza aparecen en otro lamento por un árbol caído, una arizónica derribada por el viento en la plaza de Linneo de Madrid: el libro n.º 1024, *Las raíces de Linneo*. A medio camino entre la ciudad y el campo está el bellísimo parque de El Capricho, por el que paseaba Goya, en el que viven algunos de los pinos más majestuosos de Madrid. Uno de ellos cayó en 2004, y le dediqué el libro n.º 909, que recuerda a las dríadas o espíritus de los árboles, cuyas voces se confunden con el murmullo de las hojas en el viento.

Son casos aislados frente a los que adquiere dimensiones catastróficas el vendaval de viento y nieve que azotó la sierra del Guadarrama en el invierno de 1996, del 20 al 22 de enero. El vendaval tronchó, derribó, arrancó de raíz cientos de miles de pinos. Estudié entonces las formas derivadas del poder del viento: auras, signos dibujados por el aire. Emanaciones volátiles o sonidos liberados de los árboles que capturé en libros como el n.º 648, *Ventus increbescit,* que formó parte de la exposición *El vendaval libera las auras.*

No sólo el viento o la nieve son capaces de abatir árboles. La lenta muerte por estrangulamiento es otra causa de deceso. La fuerza de las lianas puede apreciarse en el libro n.º 965, *Palo de tres costillas,* que conseguí en el ex convento de Tepoztlán y que, como la especie trepadora que lo protagoniza, la cual roba la vida al árbol, tiene un destino vinculado al hurto.

SUPERVIVIENTES

Pero, a veces, ni las potentes fuerzas naturales pueden con la tenacidad del árbol que se aferra a la vida, desafiando al tiempo. Varios lugares del mundo pretenden ser cuna del árbol de Matusalén. En Dalarna, al noroeste de Suecia, hay una picea o falso abeto con 9.950 años, que ha alcanzado tan fabulosa edad porque renueva continuamente su tronco, clonándose desde la raíz y adaptándose al clima de cada época. Más viejo aún podría ser el *Lagarostrobos franklinii* o pino de Huon que se ha encontrado en Mount Read, Tasmania, y al que se atribuyen 10.500 años. Es otro caso de inteligencia biológica: se trata de un grupo de árboles compuesto por machos genéticamente idénticos y que se ha reproducido de forma vegetativa. Ninguno de los árboles es tan viejo, pero juntos conforman un solo organismo que sí tendría esa edad.

Aunque el más sorprendente ejemplo de supervivencia sea quizás el ginkgo de Hiroshima, que se encontraba en los jardines de un templo budista a un kilómetro del lugar en el que cayó la primera bomba atómica. Fue el único árbol superviviente en la ciudad, y floreció al año siguiente sin mayores problemas. El *Ginkgo biloba* es una especie única, antiquísima, que puede llegar a vivir mil años. Se considera como un fósil viviente, y si pudo sobrevivir a la radiación es porque posee una resistencia a la oxidación adquirida hace muchos millones de años, cuando la atmósfera era más rica en oxígeno que en la actualidad.

La supervivencia más allá de lo esperable no es exclusiva de las especies paleontológicas. En cada bosque antiguo no es raro encontrar a algún anciano que suma siglos. Casi huecos, aparentemente frágiles, siguen dando hojas. Entre los que he conocido están el roblón de Estalaya, en Palencia, erguido a pesar de las heridas de los rayos (libro n.º 968) o multitud de castaños asturianos, cuyos huecos son tratados con fuego para evitar la descomposición (libro n.º 1006). Los castaños figuran, de otro lado, entre los árboles nutrientes, que siempre alimentaron a los habitantes del norte de España, y seguramente por eso han sido especialmente cuidados y han llegado a ser tan viejos.

TUMBADAS

Los árboles nos dan de comer y nos surten de madera. Entre las muchas cortas que se realizan con el fin de obtenerla hay grandes tumbadas de miles de árboles. Casi nunca somos conscientes de que estamos rodeados de árboles muertos en forma de muebles,

objetos que incluyen aglomerado, o papeles. En el libro n.º 630, *Cortezas incensadas,* hice una ofrenda por todos esos pinos anónimos, sacrificados como en una gran hecatombe para nuestro aprovechamiento.

En muchos lugares, y en diversos momentos de la historia, ese aprovechamiento adquiere carácter depredatorio. Es notable el caso del palo de Campeche (*Haematoxylon campechianum*) en la península del Yucatán, que fue motivo de un largo enfrentamiento entre españoles y británicos. Árbol tintóreo (produce un atractivo negro azulado), era muy demandado por la industria textil europea, y España quiso monopolizar su comercio. Pero los piratas que quedaron sin oficio ni beneficio tras el Tratado de Madrid, en 1667, y se instalaron en la zona del Caribe descubrieron la rentabilidad de la corta en las zonas menos vigiladas y se reconvirtieron en piratas taladores, con sede principal en Belice y con el beneplácito de la corona inglesa. No hace falta decir que la actividad forestal de los españoles en América no fue menos dañina que la de los contrabandistas.

Se cortan los bosques también para abrir espacio a diversos cultivos, o a plantaciones de árboles de rápido crecimiento como el eucalipto. El mundo se preocupa por la tala de los bosques amazónicos, pero también recientemente se ha llamado la atención sobre la acelerada desaparición de los bosques del valle de Florentine, en Tasmania, donde los *Eucaliptus regnans,* que alcanzan los 90 metros de altura, y los prehistóricos helechos arborescentes, ambos integrantes del antiguo bosque austral ya muy diezmado, están siendo arrasados para plantar eucaliptos genéticamente modificados para la explotación de la pulpa de madera. Más cerca de nosotros, en Galicia, los bosques autóctonos hace tiempo que han sido arrinconados por las plantaciones de eucaliptos nacidos para morir pronto, y dañinos para los territorios ajenos al suyo original. A uno de ellos, el *Eucalipto marcado en Boaventura* (libro n.º 758), que con seguridad ya no estará vivo, le contaba mis sueños más vívidos, y dibujé sobre él un signo protector.

LA AMENAZA

Las culturas más avanzadas cuidan los árboles porque aprecian su belleza y valoran su utilidad. Un respeto que se impone desde antiguo. Tenemos un ejemplo en las penas descritas en la literatura canónica india para los que atentaban contra ellos. Se habían de pagar multas elevadas por cortar árboles junto a los caminos y

las fuentes, o por arrancar hierbas sin motivo. El Kurma Purana señala las penitencias para purgar la culpa de quienes corten un árbol, enredadera, matorral o cualquier tipo de planta. En el Agni Purana se decreta castigo corporal por cortar árboles umbríos como el baniano o el mango. El Vayu Purana afirma que la tala masiva de bosques provoca catástrofes naturales.

Nos escandalizan las talas en los bosques, pero deberían dolernos lo mismo los crímenes contra los árboles que se cometen en el entono urbano. Frente al Museo de Historia Natural de Berlín hay un grupo de enormes hayas rojas que conservan toda su copa. Son paradigma de la actitud de respeto y admiración hacia los árboles por parte de una ciudad. Madrid desprecia y mutila todos los árboles con cortas a traición y podas asesinas. Con ese espíritu arboricida tan español.

Uno de los mayores enemigos de los árboles es la construcción. Todos conocemos la amenaza que pesa sobre los plátanos del Paseo del Prado, debido a que el proyecto urbanístico no había tenido en cuenta que esa masa vegetal debe ser intocable. Incluí sus cortezas, castigadas por la contaminación, en el libro n.º 998, *Lo que sienten los plátanos del Paseo del Prado.* También en las construcciones a menor escala los primeros en caer son los árboles, en ocasiones de gran porte. En muchas casas pequeñas y medianas había, en los patios interiores, higueras. Una de ellas estaba en la calle Málaga y, antes de que fuera levantada por las excavadoras, de ella recogí materiales para hacer unos dibujos y el libro n.º 673. En la zona de Pinar del Rey los jardines son sacrificados para ganar superficie construida y, a unos metros de mi estudio, el que fue hermoso vivero de Bourguignon, un remanso de frondosa humedad, se ha vendido a la presión del ladrillo y ha perdido —o perderá debido al daño ocasionado en las raíces— grandes ejemplares. Es sólo uno de los miles de ejemplos de árboles caídos en jardines privados con consentimiento de las autoridades.

RITUALES DE CRECIMIENTO, CONSERVACIÓN Y PROTECCIÓN

Cuando un árbol o un bosque de mi entorno, con los que tengo una relación habitual, está en peligro o ha sufrido algún percance, actúo mediante sortilegios plásticos para propiciar su renovación. Por lo general, no son ritos que tengan lugar en el territorio sino en mis cajas. El primer ejemplo de esta práctica en mi Biblioteca del Bosque es el libro n.º 228, *Cómo provocar el crecimiento del cedro cortado en Villa Ródenas,* en un jardín de

Cercedilla. Transitar por los árboles a diario crea un vínculo con ellos cuya ruptura produce sufrimiento. Algún tiempo después, en la misma puerta de mi estudio serrano cayó un pequeño nogal para el que oficié un enterramiento en el libro n.º 368.

En ocasiones, las especies luchan infructuosamente contra enfermedades y plagas que no son combatidas con la suficiente energía por las autoridades medioambientales. La grafiosis, ya mencionada, hizo descender entre un 80 y un 90% la población de olmos ibéricos a partir de los años 80, y los pocos supervivientes son mimados para retrasar su fin y poder tener un banco genético para su recuperación. La enfermedad es producida por el hongo *Ceratocystis ulmi,* de carácter semiparasitario, transmitido por un escarabajo conocido como barrenillo del olmo. El libro n.º 251, *La leyenda del olmo pez,* contiene un trozo de madera de un gran olmo, atacado por la grafiosis, desaparecido junto a la estación de trenes de Cercedilla.

Otro escarabajo, el *Cerambyx cerdo* o capricornio de las encinas, está produciendo daños devastadores en los encinares del sur y del oeste de la Península, muy debilitados por la seca y las malas podas realizadas tiempo atrás. Es muy difícil de tratar, pues la larva de gran tamaño vive durante dos años en el interior de la encina, taladrando y pulverizando su madera, y haciéndola muy vulnerable a la sequía creciente y a los vendavales que las tronchan con enorme facilidad. He conocido de cerca el problema en el Valle de Alcudia, Ciudad Real, y he hecho varios libros en los que protejo simbólicamente a las encinas incrustando fragmentos de cuarzo blanco de Monterrubio de la Serena, Badajoz, en las galerías devoradas por las larvas (libro n.º 830) o intercalando trozos de selenita transatlántica entre trozos de corteza (libro n.º 995). En el libro n.º 954 hay *Cúpulas sinfónicas de encinas,* recolectoras de sonidos amenazantes, que navegaron a orillas del Ganges y se depositaron sobre la arena del crematorio de Marikarnika, en Veranesi. Este sortilegio musical se relaciona también con el lenguaje cifrado, secreto, que contiene el picón de encinas del libro n.º 916.

Hay otras especies amenazadas. El pino insignis sufre en la cornisa cantábrica el llamado «cáncer del pino», causado por otro hongo, el *Fusarium circinatum,* procedente de Estados Unidos. Pero finalmente, el mayor enemigo de los pinos es el ser humano, y para defenderlos de él trazé líneas de defensa con azufre en el libro n.º 412. De la misma manera, esparcí esperma de ballena entre las hayas de Alkiza, Guipúzcoa, para contribuir a su fertilidad y preservación, en el libro n.º 923.

MARCA DE CORTA ALTERADA EN EL VALLE DE LA FUENFRÍA, 1992

SALVACIONES

Hace tres siglos, en Rajastán, India, Amrita Diva lideró a más de trescientas mujeres que sacrificaron sus vidas abrazándose a los árboles para salvarlos de la corta. Su espíritu vive en los integrantes del movimiento Chipko (la palabra significa «abrazar»), iniciado en 1972 por dos seguidoras de Gandhi y las mujeres de Gashwal (Uttar Pradesh) con los mismos fines. También ellas se abrazan a los árboles para conservarlos.

El afán de conservación de la naturaleza se fundamenta en el amor a los árboles, y ha tenido a lo largo de la historia grandes campeones. Admiro particularmente a John Muir, que promovió la protección de Yosemite Valley y otras áreas, y es uno de los padres del ecologismo. Le recuerdo en el libro n.º 387, *Claustro para un nudo de pino rojo,* que contiene un pedazo de *Sequoya sempervirens* del bosque de Muir en Mill Valley.

Es menos conocido el caso de la protección del bosque de Fontainebleau por parte de los artistas. La primera causa de su conservación fue la de su condición de reserva de caza de propiedad real, inalienable desde el siglo XVI. En 1682, 1720 y 1802 se realizaron plantaciones para hacerlo más frondoso. Entre 1831 y 1848 se reforestó intensivamente con pino silvestre, a lo que se oponían los pintores de la escuela de Barbizon que hicieron del lugar su arcadia. En 1837 consiguieron revocar la corta de los árboles más antiguos y evitaron los pinos en sus rincones preferidos. Esa sensibilidad hizo que, ya en 1853, 624 hectáreas de bosque antiguo fueran protegidas y en 1861 se creó una Serie Artística de más de mil hectáreas a través del primer estatuto de protección de la naturaleza del mundo. El del parque Yellowstone es de 1872.

También he de homenajear a Aldo Leopold, ingeniero forestal y precursor del ecologismo en Estados Unidos, que se dedicó a la repoblación de pinos en la granja familiar de Shacq. Murió de un ataque al corazón el 11 de abril de 1948, mientras intentaba apagar un incendio en la granja de un vecino, que amenazaba sus plantaciones. Su obra cimera es el *Almanaque del Condado Arenoso,* publicado en 1949 poco después de su muerte, con el que se funda la ética ecológica como disciplina filosófica.

Mis actuaciones en el campo del conservacionismo han sido misiones salvíficas más sigilosas. El libro n.º 523, *Sacrificio,* forma parte de una serie sobre la salvación de la corta de un importante conjunto de pinos en mis bosques del Valle de la Fuenfría. En el invierno de 1992 se marcó allí una numeración de corta según el método tradicional de sacar un trozo de la corteza y escribir un número en los árboles que serán talados. Eran 991 pinos en Los Helechos, una zona de bosque profunda y sombría, casi inalterada. Me propuse salvar los pinos que por su antigüedad, majestuosidad, formas y rareza consideré que debían seguir existiendo. Para ello camuflé el tajo que se da al tronco para estampar la numeración. Quitaba el número de un pino de gran fuste o belleza y lo pasaba a otro más pequeño. Esto descolocaba a los forestales, que no se decidían a iniciar el trabajo. No estando seguro de la eficacia de este método, me dirigí al responsable de la Agencia de Medio Ambiente, Juan Vielva, solicitando la salvación de doce pinos, que fueron borrados de la lista. Finalmente, conseguí evitar la totalidad de la corta.

En Madrid, algunos de los que vivimos en el entorno del Pinar del Rey, uno de los pocos reductos de pinar salvaje en la ciudad, con más de doscientos años de antigüedad, tuvimos que manifestar nuestra oposición a su tala parcial para abrir un apeadero del metro, consiguiendo la paralización del proyecto. El pinar está situado en el punto más alto de la ciudad, y se llama así porque por allí paseaba Alfonso XII (y hasta cazaba Franco). Borré las marcas rojas que señalaban los pinos a cortar y realicé diagramas protectores con sus piñones en dos libros; uno de ellos es el n.º 790. Ambos formaron parte posteriormente de una exposición de arte español de los noventa en el palacio del Senado. Hablaron allí. De ese mismo pinar recogí un brinzal que brotaba de un piñón desprendido de un árbol cortado y que incluí en la caja del libro n.º 1014, *Pinos y susurros,* como testimonio de esperanza en la conservación de este espacio natural.

* * *

Los árboles tienen siempre las de perder ante el hombre. Ya dijo Victor Hugo que produce una enorme tristeza pensar que la naturaleza habla mientras el género humano no escucha. Pero hay que confiar en que el cambio de las mentalidades y los avances científicos nos ayuden a cuidarla cada vez mejor. En un futuro quizá sea habitual la clonación de grandes ejemplares o de árboles históricos; ya se está haciendo en Nueva York con un haya europea de cien años que crece en Cherry Hill, dentro de Central

Park. Quién sabe lo que depara la investigación espacial en materia botánica, pero ya tenemos «árboles lunares», crecidos a partir de semillas que viajaron a la Luna en el Apolo XIV. Tal vez llevemos semillas de la Tierra a la Luna. En Noruega se ha creado una cámara global de semillas, cerca de Longyearby, excavada en el corazón de una montaña congelada en el Ártico para preservar todos los tipos de semillas del mundo.

Miguel de Unamuno escribió: «Hubo árboles antes de que hubiera libros, y acaso cuando acaben los libros continúen los árboles. Y tal vez llegue la humanidad a un grado de cultura tal que no necesite ya de libros, pero siempre necesitará de árboles, y entonces abonará los árboles con libros».

Sea cual sea el futuro, la única conclusión a la que he llegado es ésta: siento devoción por todos los árboles pero estoy enamorado de los pinos. Y, además, siento una especial fascinación por el haya roja.

Árboles caídos, árboles siempre vivos.

«Las medidas corresponden a los libros cerrados»

Árbol fósil de Hacinas,
Sierra de la Demanda (Burgos)

ÁRBOL DE PIEDRA

312. Astillas de un bosque petrificado en Albacete

19.6.1989 - 110 x 198 x 25 mm

4 páginas de papel de estraza y papel vegetal con frotaciones
Caja con dos astillas fósiles y piña de pino

779. Tremor en el castaño de El Tiemblo

16.6.2000 - 114 x 205 x 33 mm

4 páginas de papel verjurado y papel de Pokhara, Katmandú, con estampaciones fotográficas
Caja con dos xilópalos de Madagascar (Cretácico, 80 millones de años) cortezas y castañas del castaño centenario «El abuelo», El Tiemblo, sobre serrín de eucalipto

Ciprés de San Juan de la Cruz,
Segovia

ÁRBOLES MÍSTICOS, LEGENDARIOS Y PROFÉTICOS

392. Raíz del Nagual

20.11.1990 - 197 x 265 x 40 mm

6 páginas de papel de estraza y papel vegetal esmaltado

Caja con fragmentos de un nogal (Juglans regia) *de trescientos años abatido por el viento en Cercedilla, escaramujos, alambre y plumas sobre limaduras de hierro*

740. Ficus religiosa

10.3.1999 - 218 x 313 x 35 mm

4 páginas de papel verjurado y papel pergamino con estampación digital
del baño sagrado de Polonnaruwa, Sri Lanka
Caja con 6 hojas del Ficus religiosa *de Bodhgaya, árbol de la iluminación de Buda*

794. El árbol de la víbora

29.3.2001 - 161 x 444 x 53 mm

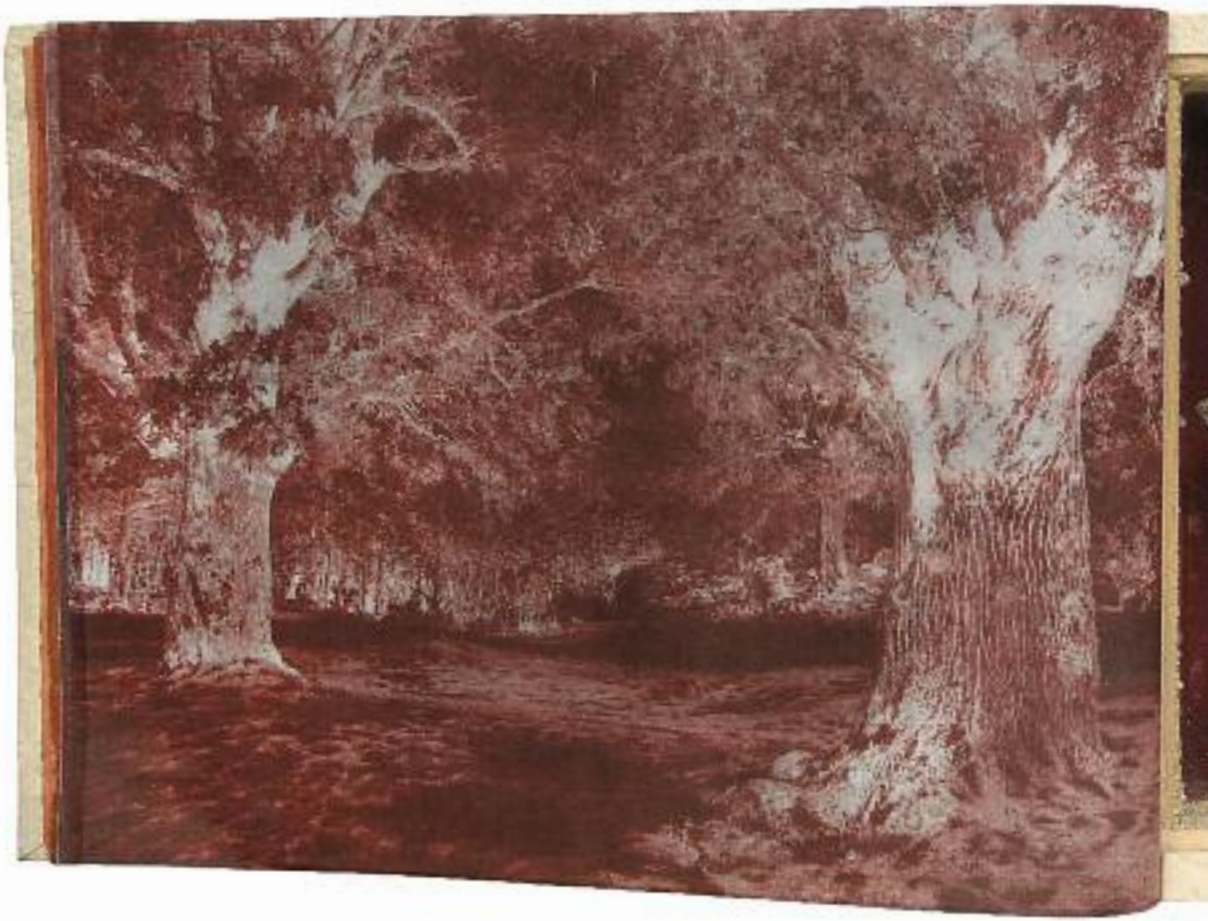
2 páginas de papel de corteza de madera con xilografías

Caja con nueve fragmentos del árbol de la víbora, Chihuahua, sobre cera y resina

921. Mesquite, el árbol fundador de Tequisquiapán

6.7.2004 - 126 x 290 x 27 mm

4 páginas de papel verjurado y papel vegetal con estampación fotográfica
Caja con vainas longitudinales de semillas del interior del árbol del mesquite
(Prosopis glandulosa), *México, y mica verde, Brasil*



1000. Trombiosis

23.6.2006 - 200 x 285 x 60 mm

10 páginas de papel vegetal con estampaciones fotográficas y decoloraciones
Caja con nudo de roble antiguo de Quintanar de la Sierra, junto a la necrópolis de Cuyacabras, Burgos, señal de la trombosis que sufrí posteriormente en el brazo derecho, cera roja y sangre

1027. Árbol interior Saqqara

4.4.2007 - 102 x 102 x 28 mm

4 páginas de papel verjurado y papel vegetal con estampación fotográfica
Caja con tres astillas de una viga de madera que sobresalía desde el interior de la cara oeste de la pirámide escalonada de Saqqara, sobre algodón y arena de Egipto

1028. El árbol del incienso de Hatshepsut

4.4.2007 - 102 x 102 x 28 mm

Caja con dos astillas del tocón de un árbol del incienso (Boswellia sacra) *que la reina Hatshepsut hizo plantar a la entrada del templo de Deir el Bahari, Luxor, en el año 1450 a.C., y astilla de una doble «puerta falsa» de un jefe de escribas, Museo del Louvre, sobre algodón y arena de Egipto*

1035. Sicomoro Sejemet

9.5.2007 - 190 x 290 x 35 mm

6 páginas de papel verjurado y papel vegetal con estampaciones fotográficas
Caja con higos y ramas de sicomoro (Ficus sycomorus) *del templo de Karnak,*
henna, cera y arena del desierto egipcio

1026. Raíces de palmera en Medinat Habu

3.4.2007 - 303 x 303 x 50 mm

4 páginas de papel verjurado y papel de pochote con trazos de henna
Caja con algodón egipcio de Esna, arena del desierto nubio, henna del Sudán
y semillas de lechuga egipcia

1047. Ciprés de San Juan de la Cruz

15.11.2007 - 150 x 230 x 33 mm

8 páginas de papel verjurado, papel hecho a mano con fibras
de musgo y papel vegetal con estampaciones fotográficas
Caja con astilla del medio ciprés-enebro plantado por San Juan de la Cruz en Segovia
y ramas de su renuevo sobre cera violeta

1052. Ciprés de la Sultana

20.4.2008 - 177 x 111 x 41 mm

4 páginas de papel hecho a mano con hebras de musgo y papel vegetal con estampación fotográfica
Caja con astilla del ciprés seco (Cupressus sempervirens) *de la Sultana, el Generalife,*
rama de mirto (Myrtus communnis) *del Patio de los Arrayanes y funda de víbora,*
La Alhambra, sobre algodón, grafito y hojas de té

Senda de los Robles Reales,
Białowieża (Polonia)

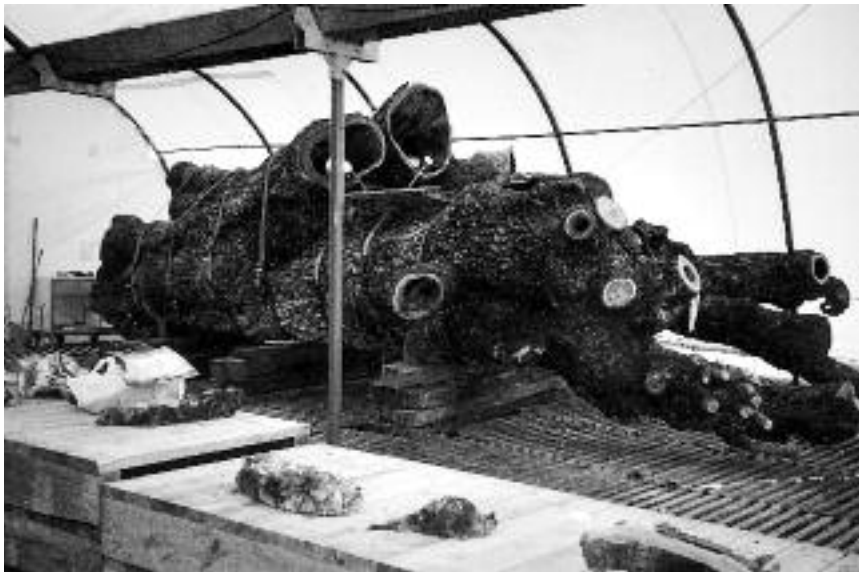
TESTIGOS DE LA HISTORIA

Pino de las tres cruces y su caída, El Escorial, 1991

438. El Pino de las Tres Cruces

Agosto de 1991 - 170 x 270 x 39 mm

10 páginas de papel de estraza y papel vegetal barnizado
Caja con maderas de pino laricio del valle de Cuelgamuros,
El Escorial, y parafina



Olma de Rascafría, proceso de liofilización, 2000

776. Rascafría. Ulmus Minor Lux

31.3.2000 - 420 x 640 x 60 mm

4 páginas de papel reciclado y papel de Nepal con frotaciones de cortezas de olmo
Caja con secciones del tronco de la olma de Rascafría, caída por el peso
de la nieve, y cristal de roca sobre polvo de mármol

924. Árbol de Gernika

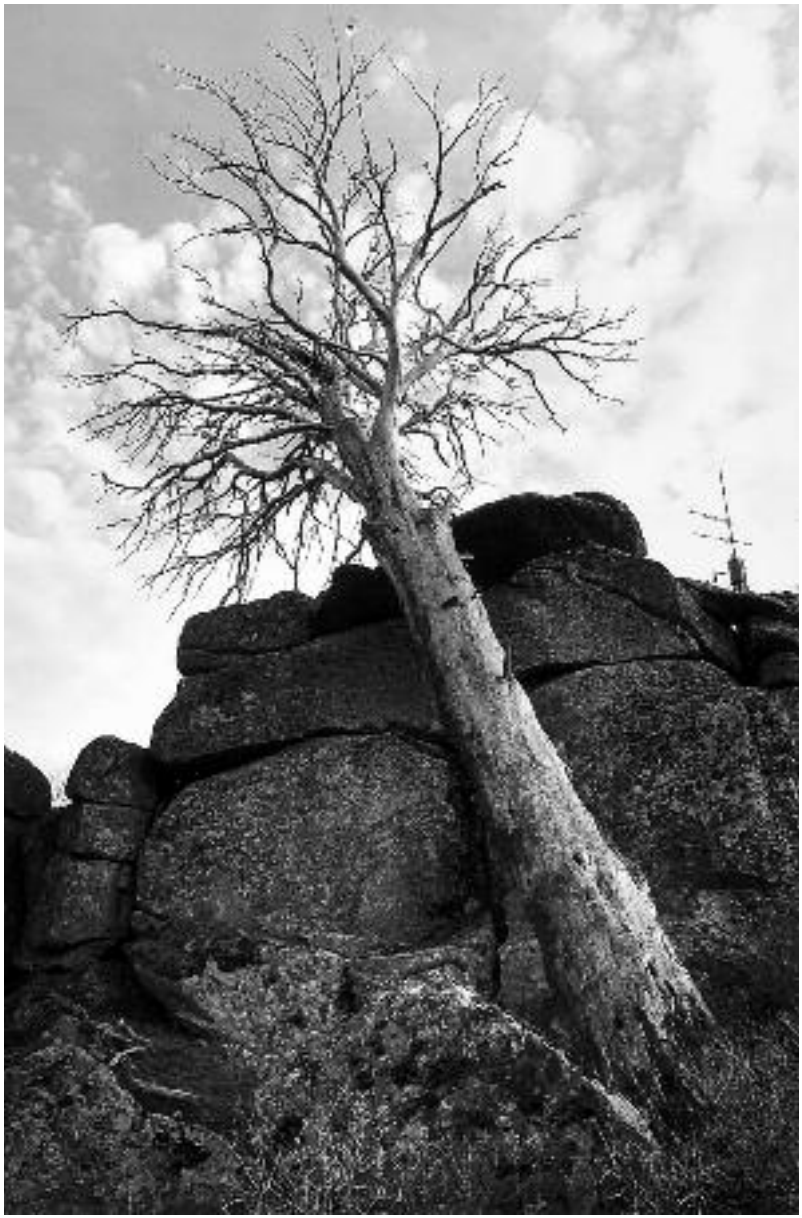
20.7.2004 - 165 x 230 x 32 mm

6 páginas de papel vegetal rojo y papel pizarra quemado
Caja con cinco ramas del roble de Gernika tronchadas por el viento,
cera y carburo de silicio

938. Los robles reales

28.11.2004 - 300 x 420 x 65 mm

4 páginas de papel verjurado y papel de Nepal hecho con fibras de morera, cubierto de serrín de cortezas de pino, con frotaciones al óleo sobre cortezas de robles y quemaduras
Caja con cortezas de 450 años de antigüedad de la senda de los Robles Reales en Białowieża, Polonia, serrín de cortezas y bellota



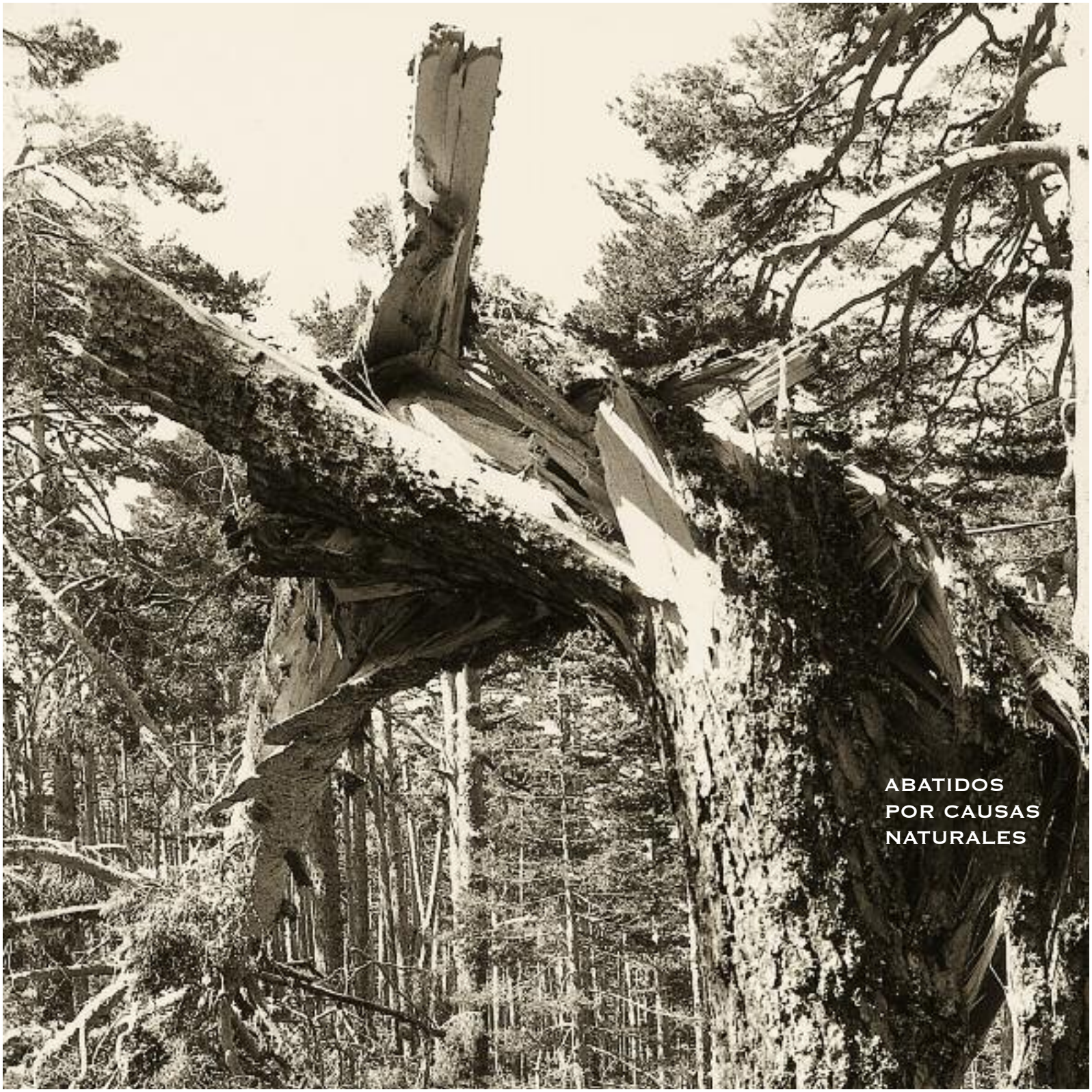
Pino de Cerro Hornillo, Cercedilla

992. Pino Cerro Hornillo

7.4.2006 - 300 x 300 x 60 mm

6 páginas de papel reciclado y papel vegetal con estampaciones digitales
Caja con ramas secas del pino de Cerro Hornillo, Valle de la Fuenfría,
sobre arenas volcánicas

Pino tronchado por un vendaval
en el Puerto de Navacerrada, 1996


ABATIDOS
POR CAUSAS
NATURALES

454. Almez, silencio lejano

Noviembre de 1991 - 148 x 258 x 40 mm

6 páginas de papel de estraza y papel de Nepal teñido con sellos de acículas
Caja con corteza del almez (Celtis australis)
llamado «El abuelo» del Jardín Botánico de Madrid, sobre amianto

965. Palo de tres costillas

15.7.2005 - 185 x 93 x 42 mm

4 páginas de papel de grabado con gofrados de acículas y grafito
Caja con palo de tres costillas (Serjania mexicana), *Museo de Tepoztlán, ex convento de La Natividad, Morelos, sobre carborundo irisado, Cuenca*

648. Ventus increbescit

20.6.1996 - 430 x 640 x 64 mm

6 páginas de papel reciclado, pergamino y de cáscaras de huevo con aurografías
Caja con maderas de pinos silvestres tronchados por el vendaval que azotó
la sierra del Guadarrama el invierno de 1996 sobre cera negra

Pino retorcido por el viento. Jardín de El Capricho, Madrid

909. Dríadas

29.3.2004 - 170 x 290 x 30 mm

6 páginas de papel verjurado y papel vegetal milimetrado con estampaciones fotográficas
Caja con raíces-tea de pino piñonero caído en el Jardín de El Capricho,
Madrid, y 5 gotas de ámbar de Lituania

1024. Las raíces de Linneo

28.2.2007 - 200 x 285 x 62 mm

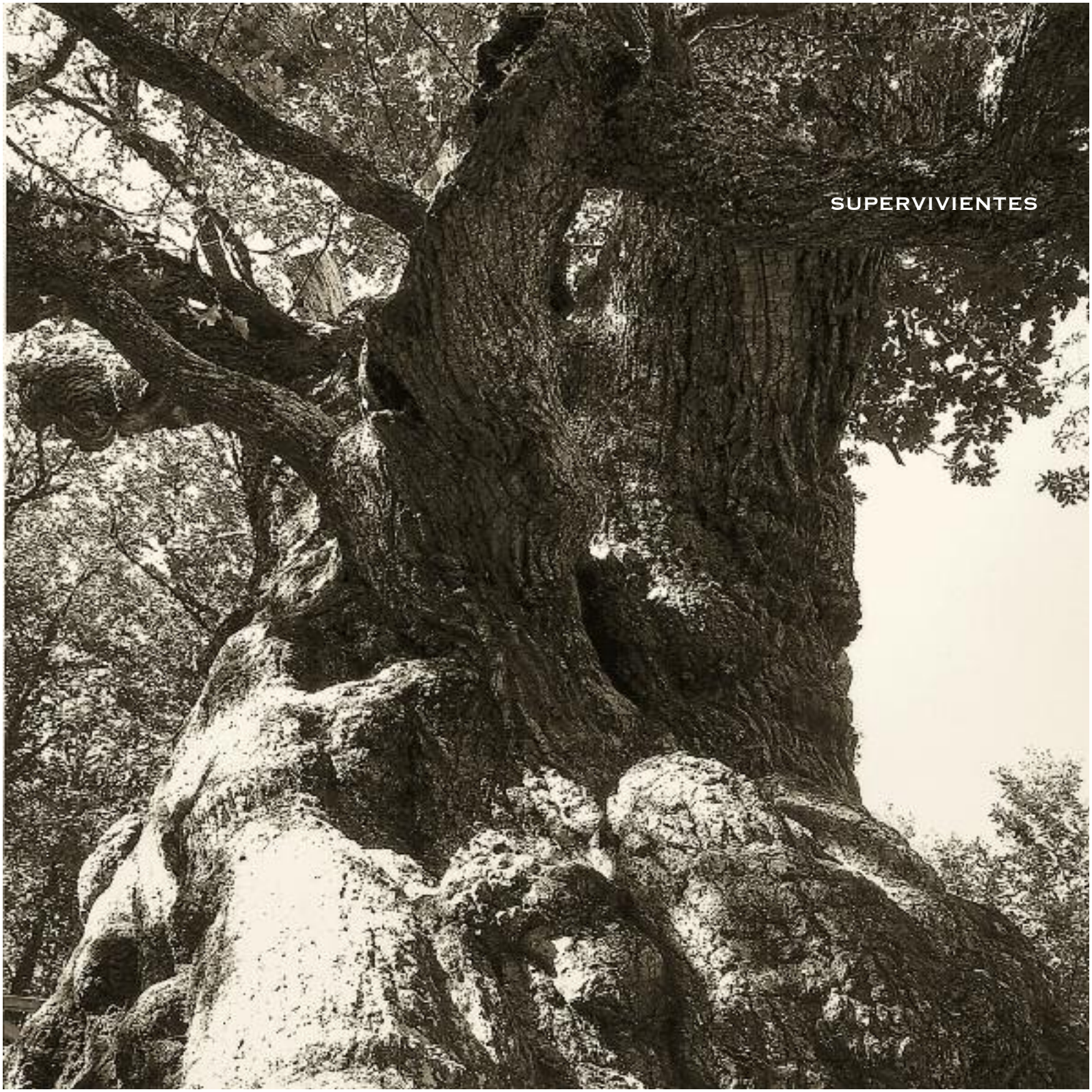
8 páginas de papel verjurado y papel vegetal con estampaciones fotográficas en color
Caja con gálbulos y raíces de la arizónica (Cupressus arizonica) *caída la madrugada*
del 9 de febrero por el viento en la plaza de Linneo, Madrid, hongos xilógrafos
del almez seco en el Jardín Botánico de Madrid, fluorita y parafina

971. Señor de Bertiz

11.9.2005 - 205 x 285 x 60 mm

4 páginas de papel vegetal con estampaciones fotográficas del roble caído y del roble erguido
Caja con cortezas y serrín sacadas del hueco interior de un roble caído
en el jardín secreto de Bertiz, Navarra, y corteza del gran cedro de Bertiz

El roblón de Estalaya, Palencia


SUPERVIVIENTES

968. El roblón

31.7.2005 - 200 x 285 x 50 mm

4 páginas de fibra de Kozo gruesa con dibujos a tinta china y óleo,
y papel vegetal con estampación fotográfica
Caja con 4 fragmentos de madera quemada por un rayo, líquenes y hojas del roble negral
(Quercus petraea) *milenario de Estalaya, Palencia, sobre parafina*

1006. La castañal, Selviella

12.9.2006 - 200 x 285 x 50 mm

8 páginas de papel verjurado y vegetal con estampaciones fotográficas
Caja con bolas de musgo, fragmentos de madera y serrín de los castaños
(Castanea sativa) *de Riera y Selviella, Asturias*

TUMBADAS

630. Cortezas incensadas

10.1.1996 - 400 x 595 x 44 mm

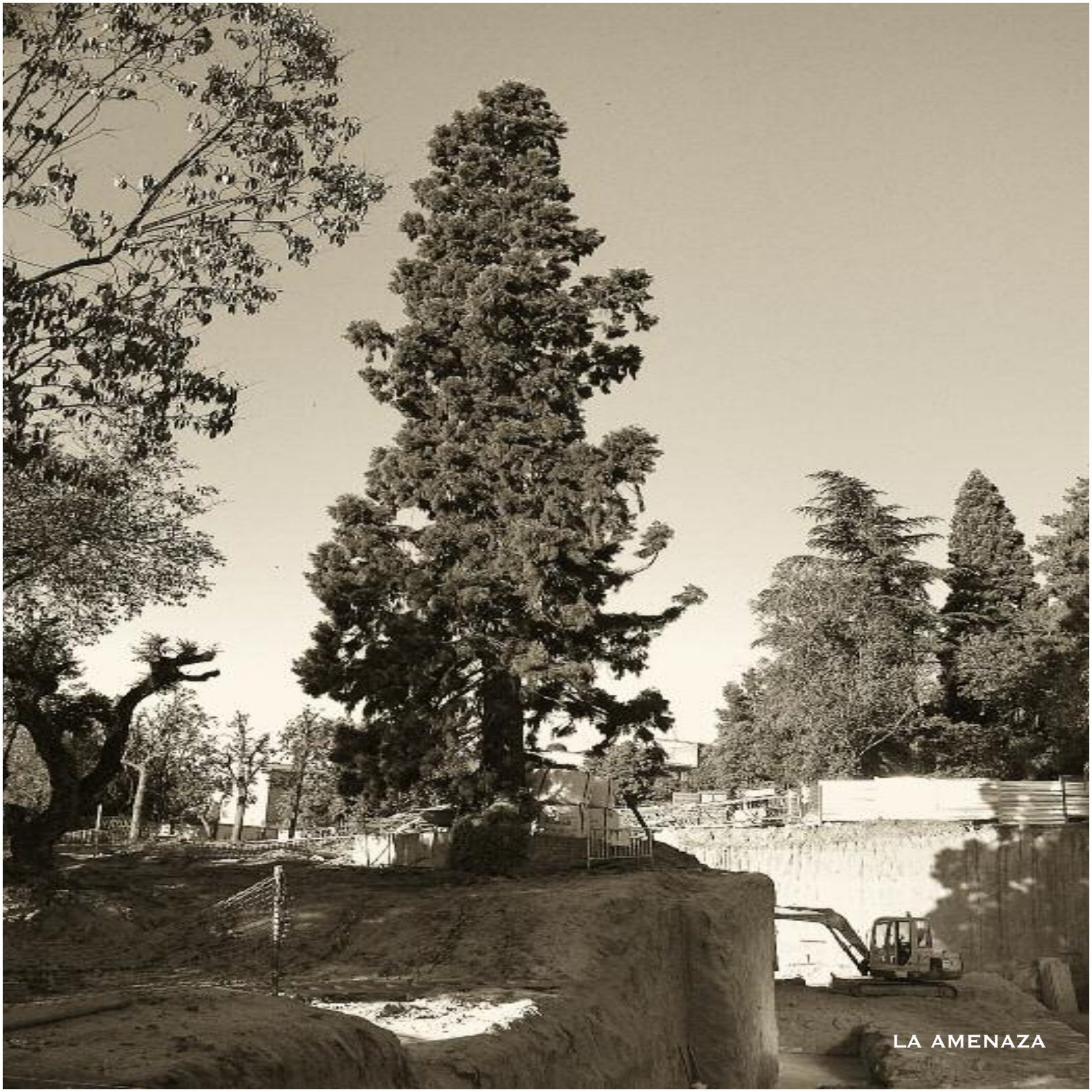
6 páginas de papel verjurado, papel reciclado y papiro marrón egipcio estampadas con xilografías
Caja con cortezas de pinos silvestres procedentes de una corta en La Adrada, Ávila,
cera y tres barillas de incienso de Jalgaón, Maharasatra, India

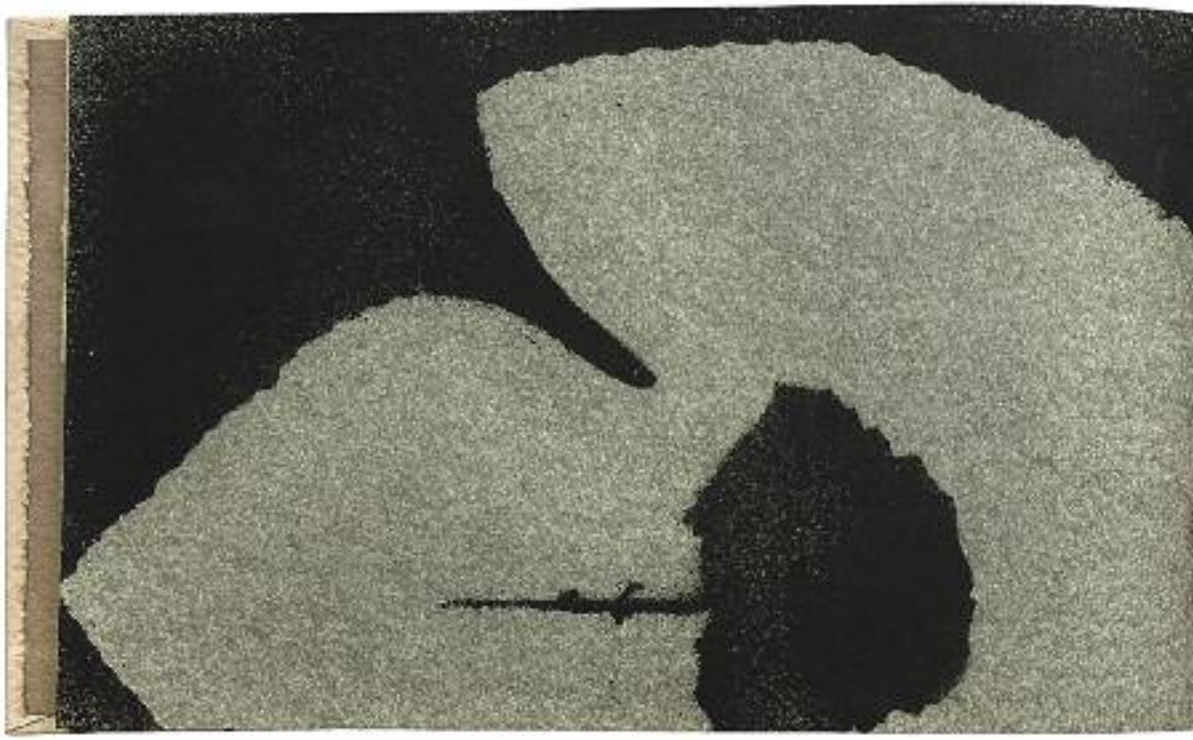
758. Eucalipto marcado en Boaventura

29.9.1999 - 396 x 584 x 42 mm

4 páginas de papel verjurado y papel vegetal con estampaciones digitales
Caja con líquenes de roble y musgo, rodaja de árbol sobre serrín
de eucalipto, encuadernación en papel de Nepal

Secuoya en el Jardín
de Bourguignon, Madrid


LA AMENAZA



673. La higuera de la calle Málaga

18.6.1998 - 158 x 269 x 35 mm

6 páginas de papel verjurado y papel satinado con auras de hojas de higuera perforadas
Caja con estructura hecha con cinco cortezas de la higuera (Ficus carica)
que hubo en un solar de la calle Málaga, Madrid, sobre hojas trituradas

998. Lo que sienten los plátanos del Paseo del Prado

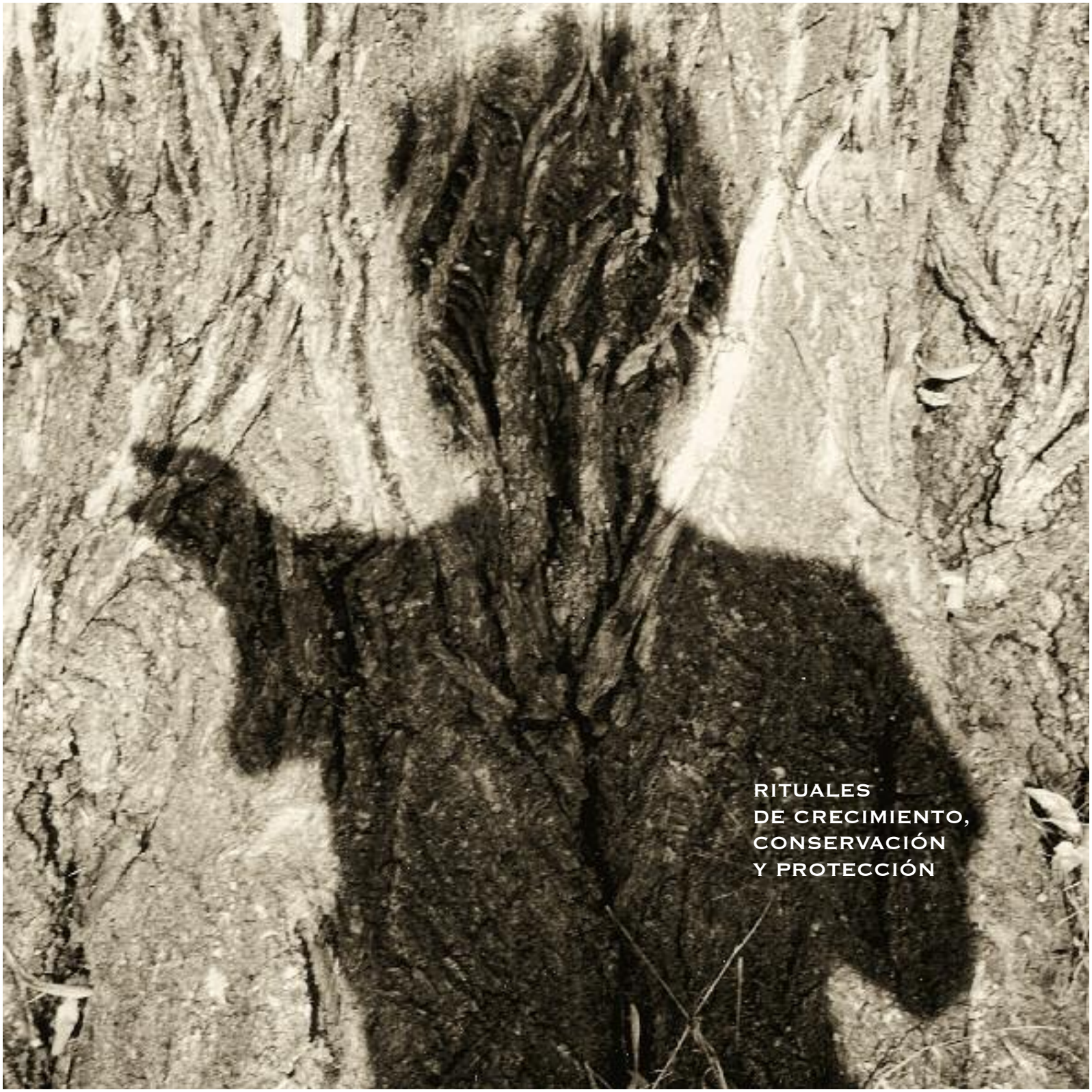
22.5.2006 - 140 x 205 x 32 mm

6 páginas de papel verjurado, papel de pochote y papel de fibras vegetales
con trazos de grafito y tinta china
Caja con escama de corteza contaminada de uno de los plátanos del Paseo del Prado,
Madrid, y vainas papiriformes o caliptras sobre cera gris

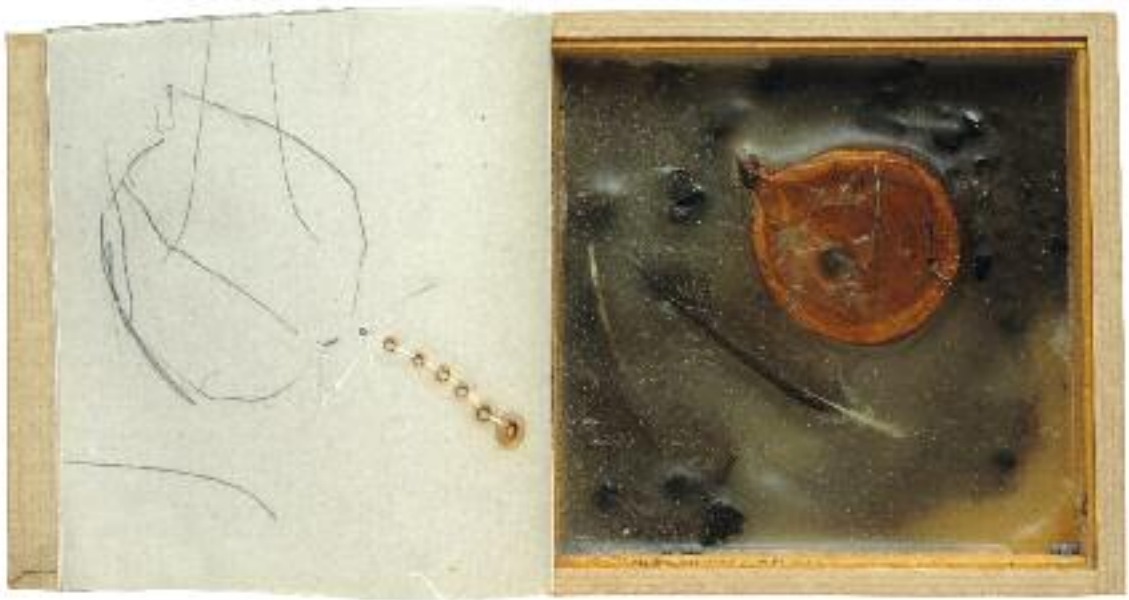
1014. Pinos y susurros

15.11.2006 - 73 x 190 x 28 mm

4 páginas de papel de pochote y papel de grabado con gofrados y tinta
Caja con tres piñones germinando tras la caída por el viento
de un pino negral en Pinar del Rey, Madrid, sobre cera



RITUALES DE CRECIMIENTO, CONSERVACIÓN Y PROTECCIÓN



228. Cómo provocar el crecimiento del cedro cortado en Villa Ródenas

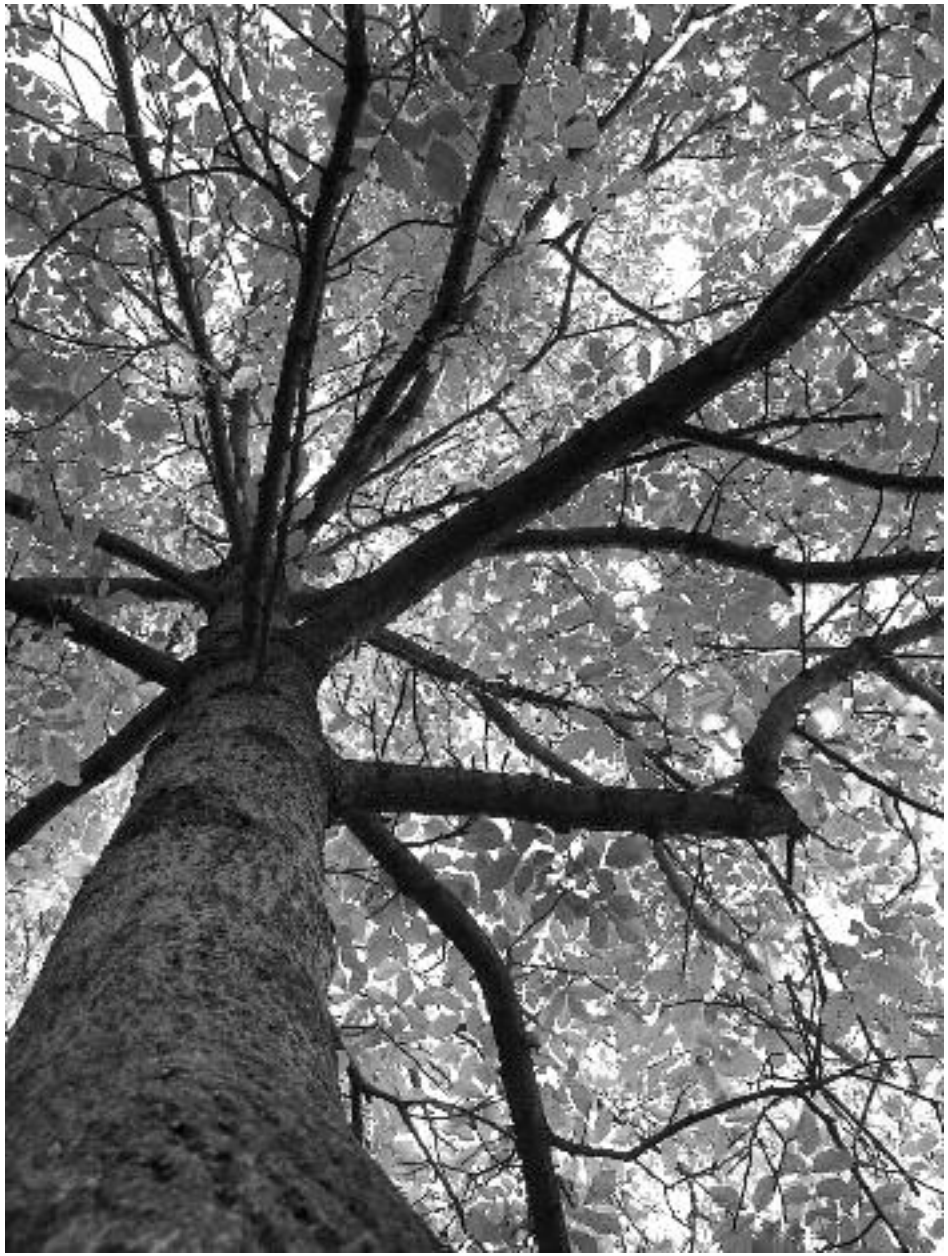
24.6.1988 - 156 x 156 x 40 mm

4 páginas de papel parafinado, grafito y círculos de fuego.
Caja con rodaja de rama del cedro de Villa Ródenas, estación de Cercedilla,
plumas, carbón vegetal, plomos y punta de acero en parafina

251. Leyenda del olmo-pez

6.11.1988 - 200 x 200 x 37 mm

4 páginas de papel de estraza con huellas de hongos y línea de fuego
Caja con trozo de madera con grafiosis del olmo (Ulmus minor)
desaparecido junto a la estación de trenes de Cercedilla en cera virgen



Nogal junto a mi estudio en Cercedilla

368. Enterramiento del nogal caído frente a la puerta de mi estudio en Cercedilla

9.5.1990 - 107 x 237 x 30 mm

4 páginas de papel de estraza con acuarelas

Caja con dos ramas de pino, polvo de corteza de pino y rama de nogal

426. Pino sobre el puente romano del Molino

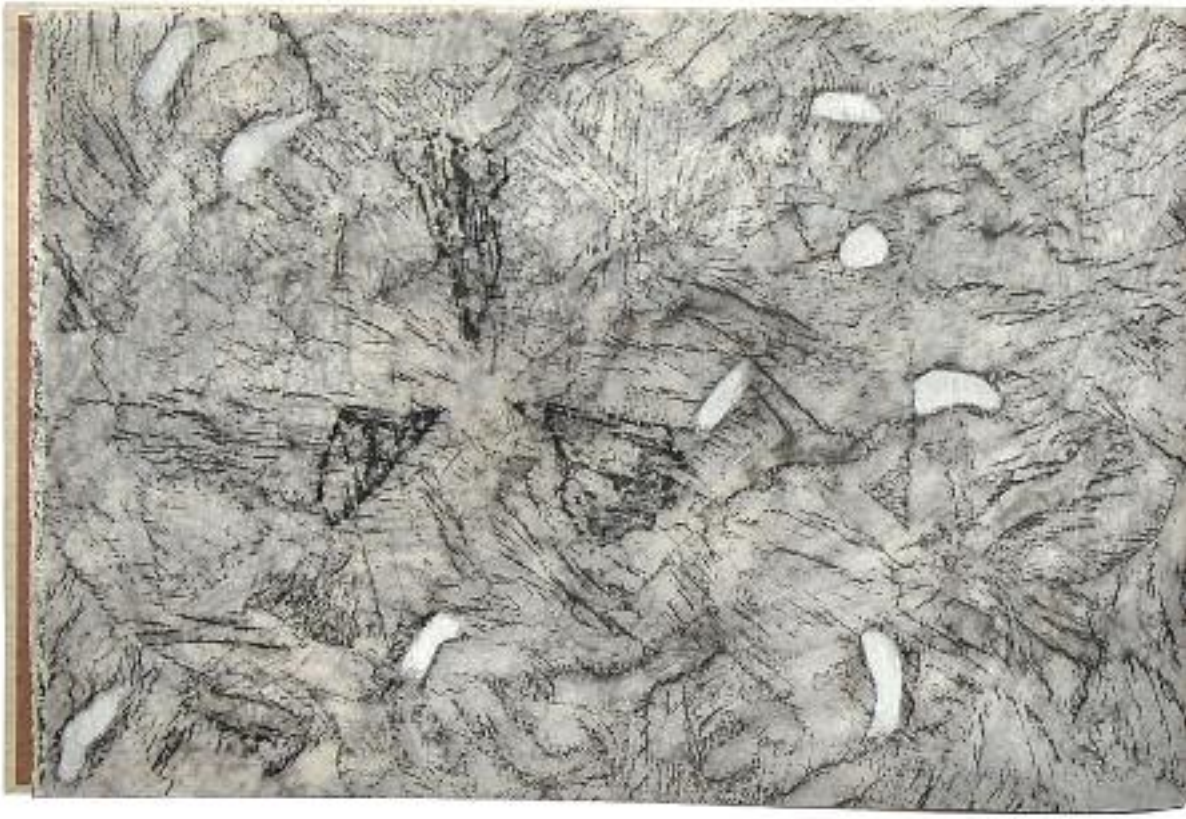
2.7.1991 - 130 x 232 x 25 mm

Caja con maderas del pino silvestre cortado a traición el jueves santo de 1991
en el puente romano en Cercedilla y resina de pino

412. Pino y azufre

18.3.1991 - 124 x 210 x 20 mm

6 páginas de papel de estraza y papel vegetal con fotocopias de láminas de madera
Caja con sección de pino desconocido y azufre



830. Quercus Cerambyx. Segundo tratamiento

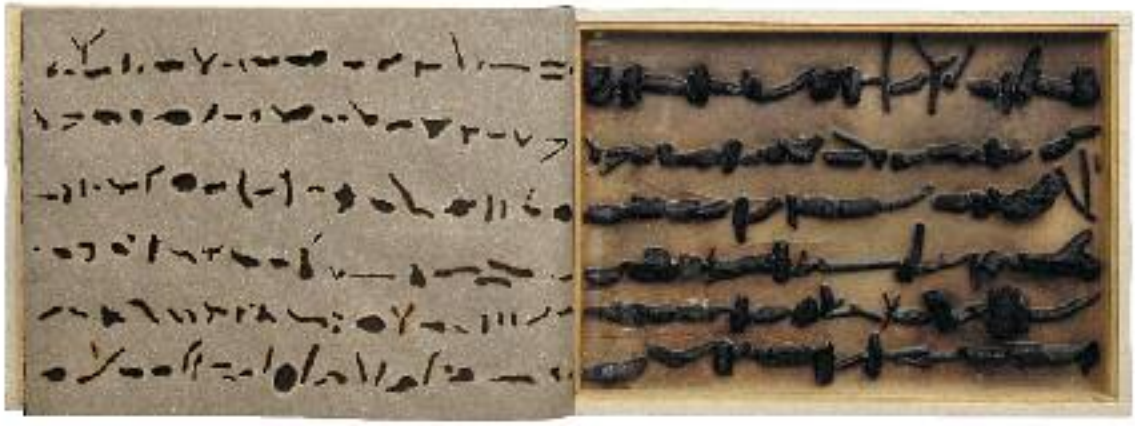
12.5.2002 - 400 x 600 x 41 mm

8 páginas de papel verjurado, papel japonés con serigrafías de anillos de crecimiento
y papel de croquis con frotaciones de rodajas de encinas
Caja con rodajas de encinas (Quercus ilex) *atacadas por el escarabajo* Cerambyx cerdo,
Valle de Alcudia, cuarzo blanco de Monterrubio de la Serena, cera, resina y grafito

995. Encina interior

10.5.2006 - 200 x 285 x 52 mm

4 páginas de papel vitrificado y papel kozo con parafina y frotaciones de cortezas de encina
Caja con cortezas de encina de La Ardosa, Valle de Alcudia,
y selenita estadounidense sobre parafina



916. Picón de encinas

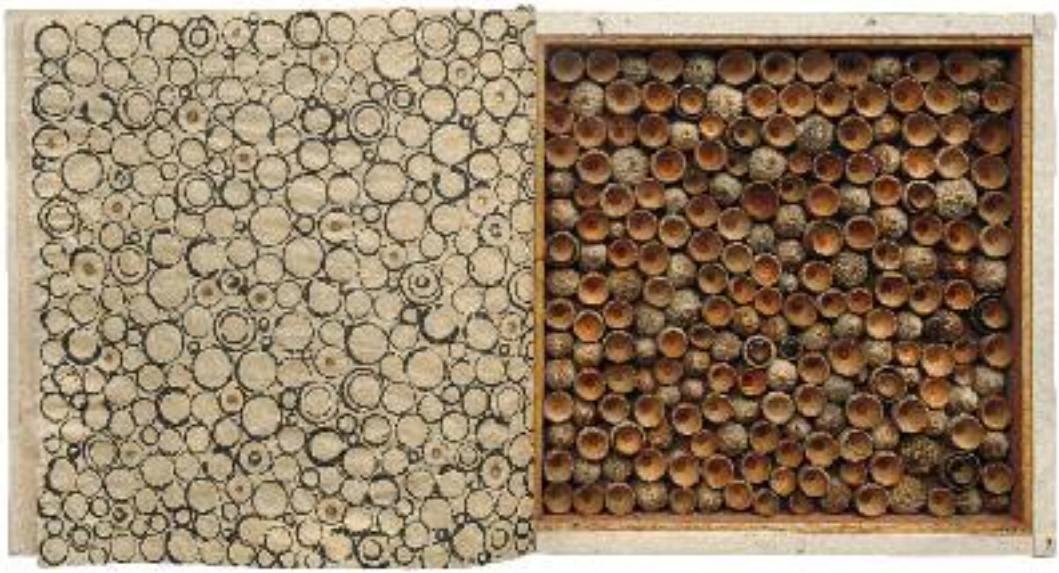
26.5.2004 - 295 x 415 x 30 mm

4 páginas de papel verjurado y papel mexicano de pochote hecho a mano con quemaduras
Caja con picón (encina carbonizada) del Valle de Alcudia sobre parafina

923. Hayas de Alkiza

19.7.2004 - 120 x 250 x 30 mm

4 páginas de papel verjurado y papel de algodón con estampación fotográfica
Caja con verrugas de haya de Álkiza, Vitoria, esperma de ballena y parafina

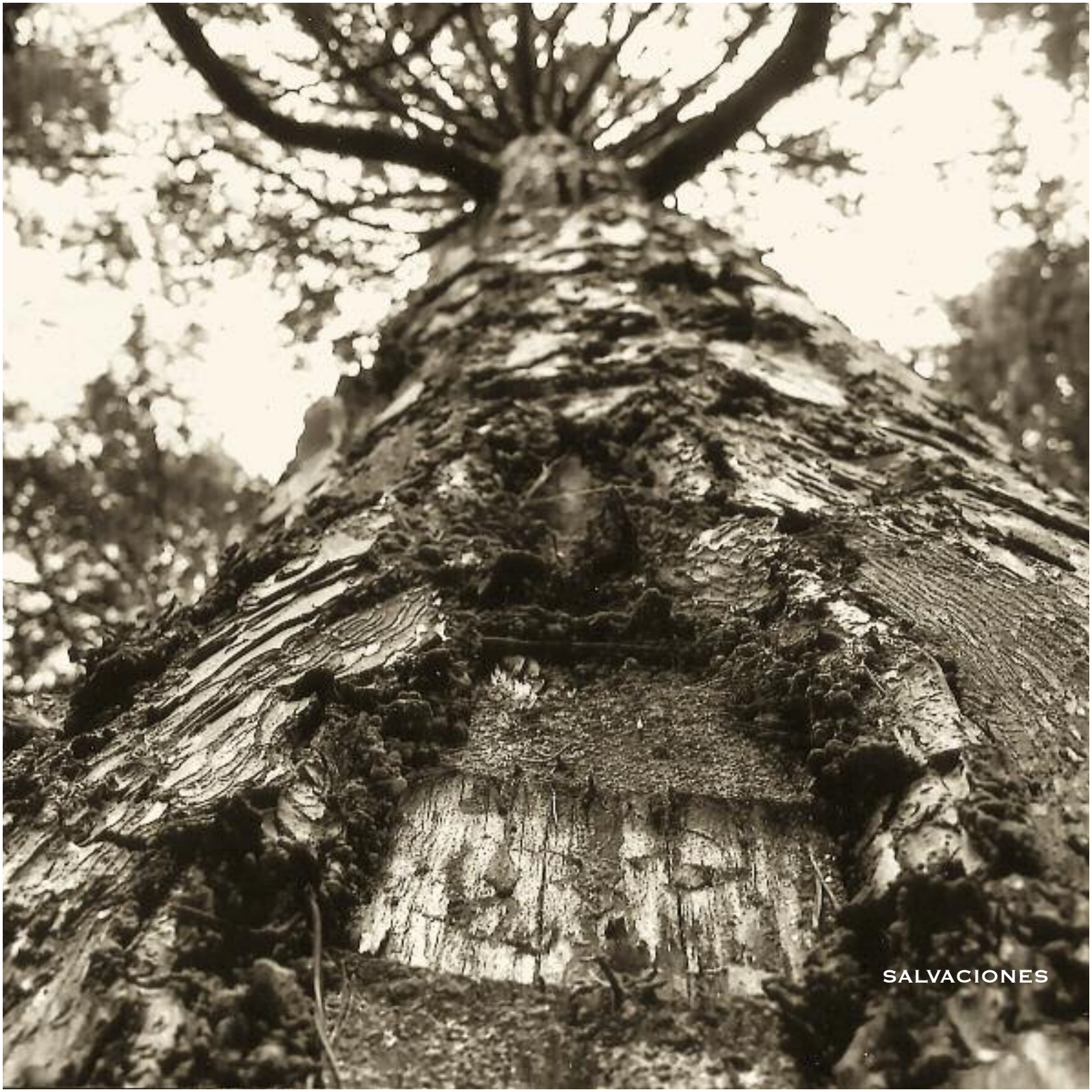


954. Cúpulas sinfónicas de encinas

4.4.2005 - 250 x 250 x 33 mm

Caja con 216 cúpulas de encinas de La Ardosa, Valle de Alcudia, arena del crematorio de Mari Karnika a orillas del Ganges, Veranesi y tierra de Jaisalmen, desierto del Thar, India

Marca de corta cicatrizando en un pino salvado en el Valle de la Fuenfría, 2008


SALVACIONES

387. Claustro para un nudo de pino rojo

15.10.1990 - 173 x 279 x 50 mm

6 páginas papel de estraza y papel vegetal dibujado

Caja con nudo de pino rojo (Sequoia sempervirens) *de los bosques de Ara Muir, Mill Valley, California*

523. Sacrificio

23.3.1993 - 166 x 253 x 51 mm

6 páginas de papel vegetal y papel de caña de azúcar resinada
Caja con corteza de pino silvestre, testimonio de la salvación de corta en el Valle de la Fuenfría,
con lágrimas de resina transversales sobre polvo de resina

Pinar del Rey, Madrid, 2000

790. La salvación del Pinar del Rey I

1.12.2000 - 205 x 280 x 32 mm

6 páginas de papel verjurado y papel de croquis con frotaciones
de anillos de crecimiento y huellas de piñones
Caja con 293 piñones de pino piñonero (Pinus pinaster) *del Pinar del Rey, Madrid,*
y cuenco de hierro sobre carburo de silicio

EL HAYA ROJA

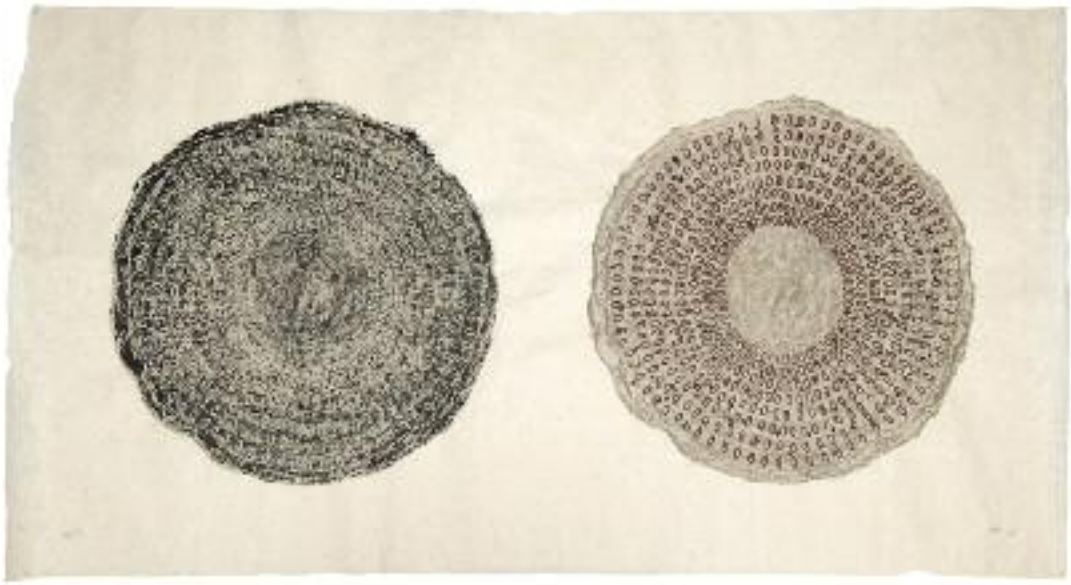
1049. Las últimas hojas del haya Lazarus

31.1.2008 - 300 x 300 x 40 mm

8 páginas de papel vegetal con estampaciones fotográficas y papel de fibras
con frotaciones de hojas y ramas del haya
Caja con cortezas, hojas y ramas caídas del haya centenaria (Fagus Sylvatica purpurea)
del jardín de la Fundación Lázaro Galdiano, Madrid, sobre tierra y cera

Serie de rodajas con anillos de crecimiento imaginarios, creadas a partir de frotaciones sobre fragmentos de árboles históricos de España y México. Estampada en el taller de Jan Hendrix, México D.F.

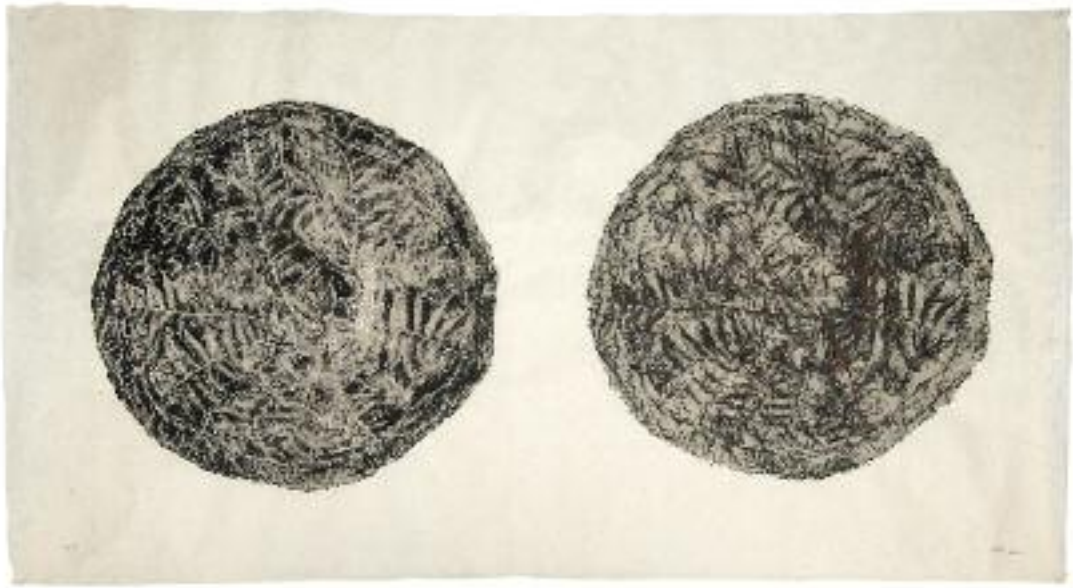
DENDROLOGÍAS



DENDROLOGÍAS CON PIÑONES

Serigrafía sobre papel japonés

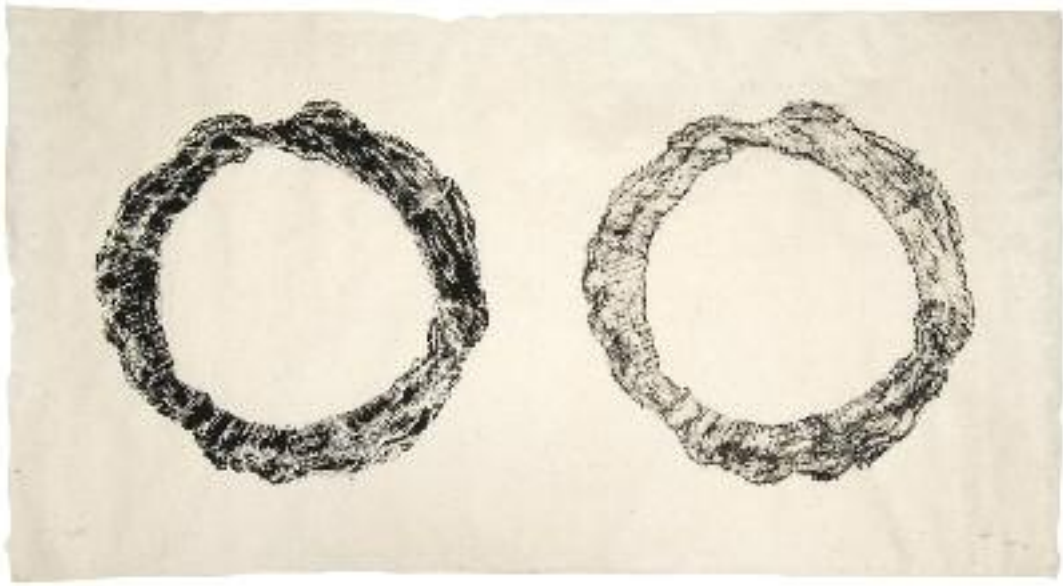
940 x 1.740 MM



DENDROLOGÍAS CON HELECHOS

Serigrafía sobre papel japonés

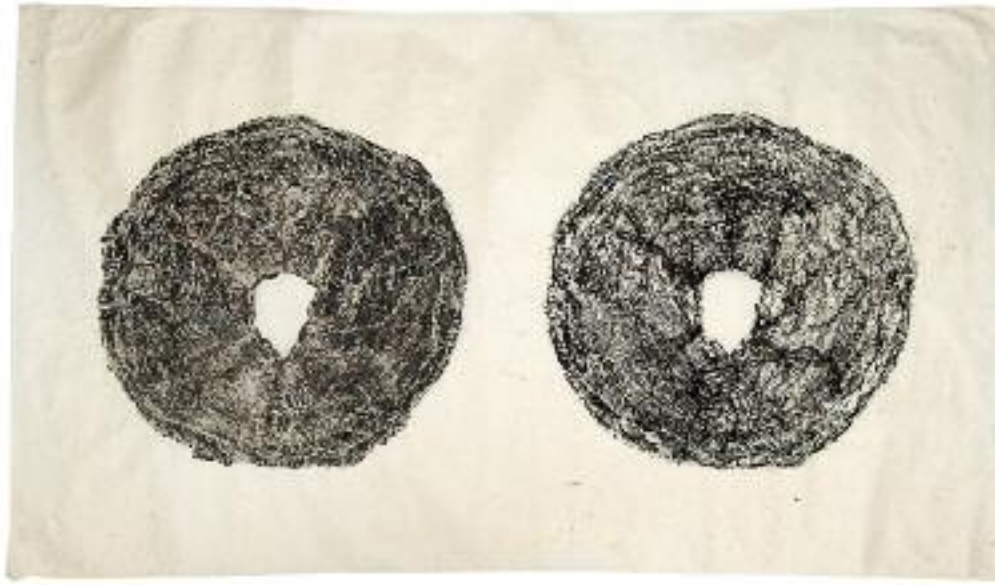
940 x 1.740 MM



DENDROLOGÍAS, DOBLE ANILLO

Serigrafía sobre papel japonés

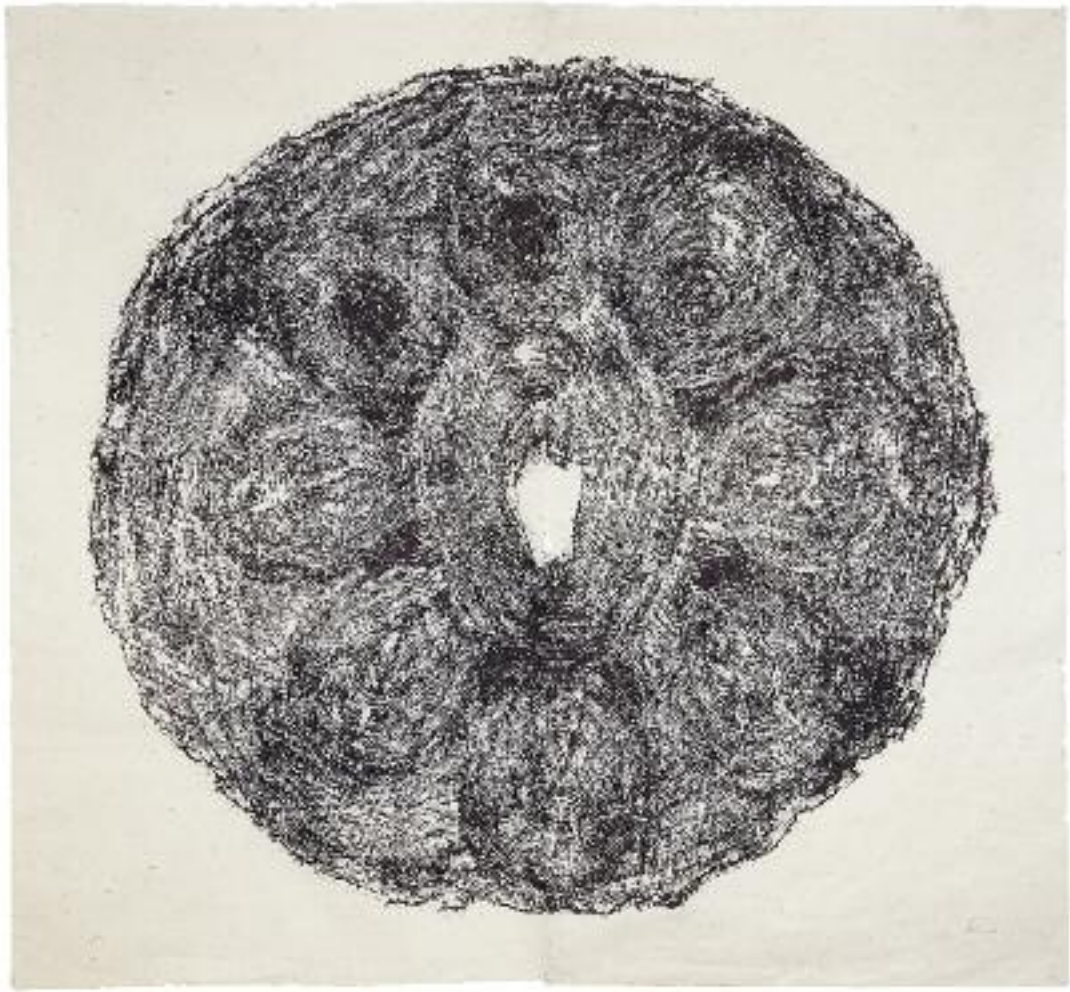
940 x 1.740 MM



DENDROLOGÍAS CON RAÍCES

Serigrafía sobre papel japonés

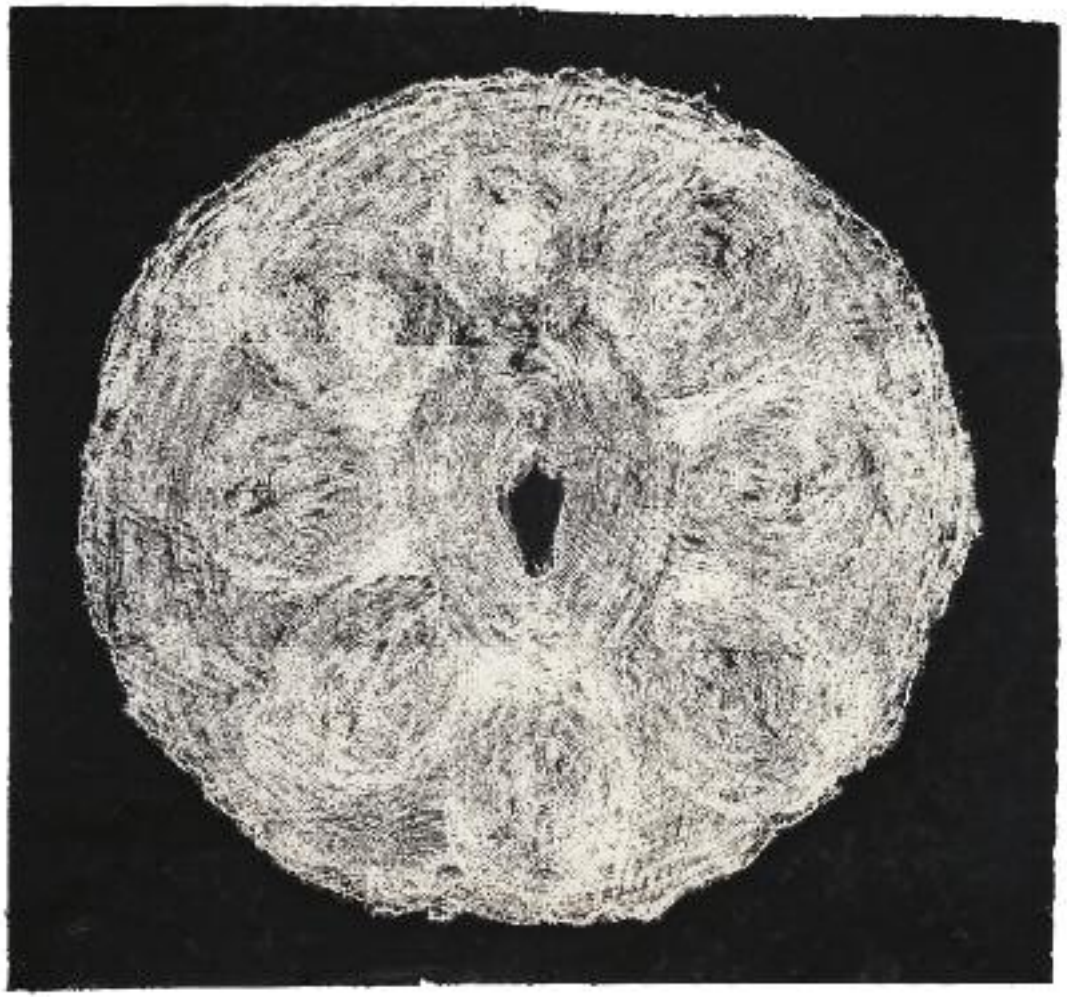
940 x 1.740 MM



DENDROLOGÍA GIGANTE, POSITIVO 1

Serigrafía sobre papel japonés

1.740 x 1.880 MM



DENDROLOGÍA GIGANTE, NEGATIVO 1

Serigrafía sobre papel japonés

1.740 x 1.880 MM

CURRÍCULUM

MIGUEL ÁNGEL BLANCO
(Madrid, 1958)

www.bibliotecadelbosque.net

EXPOSICIONES INDIVIDUALES

1986
A Forest. Galería La Cúpula, Madrid

1988
La fortaleza. Galería Ángel Romero, Madrid

1989
Galería Ferrán Cano, Palma de Mallorca

1990
Les livres de la forêt. Galería Façade, París
Galería Bureaux et Magasins, Ostende, Bélgica
Galería Columela, Madrid

1991
El pino de las tres cruces. Euroforum, El Escorial

1992
Galería Columela, Madrid
Galería Bureaux et Magasins, Ostende

1994
Galería Bárcena & Cía., Madrid

1996
Biblioteca del Bosque. Museo del Libro, Biblioteca Nacional, Madrid

1997
El vendaval libera las auras. Galería María Martín, Madrid

1998
Flor de nieve negra. Diputación de Huesca

1999
Galería Stefan Röpke, Colonia

2000
Galería María Martín, Madrid, y Galería La Caja Negra, Madrid

2001
Sete lúas. Casa da Parra, Santiago de Compostela

2002
Las algas y los Alpes. Galería Stefan Röpke, Colonia

2003
Dendrologías. Galería Almirante, Madrid
Geogenia. Fundación César Manrique, Lanzarote
Botánica. *Miguel Ángel Blanco y Jan Hendrix.* Museo Nacional de la Estampa, México D.F.

2004
Botánica. METRO, Espacio Cultural Metropolitano de Tampico; Museo de Arte de Querétaro; Centro Cultural Tijuana

2005
Botánica. Calcografía Nacional, Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid

2006
Visiones del Guadarrama. Miguel Ángel Blanco y los artistas pioneros de la sierra. La Casa Encendida, Madrid
Musgo negro. Abadía de Silos (Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía)

2008
Árbol caído. Fundación Lázaro Galdiano, Madrid

EXPOSICIONES COLECTIVAS

1987
Naturalezas españolas (1940-1987). Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, Madrid; Palacio de Sástago, Zaragoza; Ateneo de Valencia; Museo de Albacete; Museo de Bellas Artes de Oviedo

1990
Le jardin dans tous les sens. Musée en Herbe, Bois de Boulogne, París

1991
Prentenkabinet. Galería Bureaux et Magasins, Ostende

1992
Premio de Pintura L'Oréal. VIII Edición. Casa de Velázquez, Madrid; Maison des Arts Georges Pompidou, Cajarc, Francia

1993
Premio de Pintura L'Oréal. IX Edición. Casa de Velázquez, Madrid
El libro en sus mil formas. Sala de la Comunidad de Madrid, Mercado Puerta Toledo

1994
IV Certamen de Pintura UNED. Casa de Velázquez, Madrid
II Premio Nacional de Grabado. Calcografía Nacional, Madrid; Museo Pablo Gargallo, Zaragoza; Museo Pío V, Valencia; Fundación Rodríguez Acosta, Granada; Museo de Bellas Artes de Bilbao

1995
III Premio Nacional de Grabado. Calcografía Nacional, Madrid; Kiosko Alfonso, A Coruña; Sociedad Económica de Amigos del País,

Málaga; Biblioteca Casa de las Conchas, Salamanca; Centro Cultural La General, Granada

1997
Propios y extraños. Galería Marlborough, Madrid
Premio de Pintura de Valdepeñas. Ciudad Real
II Certamen Unipublic de Pintura. Galería Municipal Mitra, Lisboa

1998
Otras lecturas. Palacio Episcopal de Málaga y Casa de Murillo, Sevilla
1898-1998: Dos fines de siglo para el grabado español. Itinerante en Iberoamérica

1999
Libros de artista. Fundación Eugenio Granell, Santiago de Compostela
VI Mostra Unión Fenosa. Estación Marítima, A Coruña
Edición gráfica en España, panorama. Museo de San Telmo, San Sebastián; Ciudadela Pabellón Mixtos, Pamplona
Arte con la naturaleza. Percepción del paisaje. Casa de las Conchas, Salamanca

2001
La noche. Imágenes de la noche en el arte español, 1981-2001. Museo de Arte Contemporáneo Esteban Vicente, Segovia

2002
Colección L'Oréal de arte contemporáneo, 1985-2002. Fundación Laxeiro, Casa das Artes, Vigo
Plural. El arte español ante el siglo XXI. Palacio del Senado, Madrid
Libros de artista en la Biblioteca Nacional. Estampa, X edición. Pabellón de la Casa de Campo, Madrid
Premio Nacional de Grabado y Arte Gráfico. 1993-2002, décimo aniversario. Artium, Vitoria; Fundación Antonio Pérez, Cuenca; Fundación Rodríguez Acosta, Granada; Calcografía Nacional, Madrid

2003
Colección L'Oréal de arte contemporáneo. Casal Solleric, Palma de Mallorca

2006
Naturalmente artificial. Museo de Arte Contemporáneo Esteban Vicente, Segovia

2008
Ideas y propuestas para el arte en España. Stand del Ministerio de Cultura. ARCO'08, Madrid
Silensis. Abadía de Silos (Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía)

PREMIOS Y BECAS

1993
Beca Fundación Pollock-Krasner, Nueva York
Premio de Pintura L'Oréal. IX Edición. Primer accésit

1995
V Certamen de Pintura de la UNED. Adquisición
III Premio Nacional de Grabado. Calcografía Nacional. Primer premio

1997
II Certamen Unipublic de Pintura. Primer premio

1999
VI Mostra Unión Fenosa. Adquisición

2004
Premio Villa de Madrid «Lucio Muñoz» de Grabado

OBRA EN COLECCIONES

Ministerio de Cultura
Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, Madrid
Museo de Arte Contemporáneo Unión FENOSA, A Coruña
Biblioteca Nacional, Madrid
Fundación César Manrique, Lanzarote
Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Calcografía Nacional, Madrid
Museo Nacional de la Estampa, México D.F.
Comunidad de Madrid
Diputación de Huesca
Colección Banco de España
Colección Fundación "la Caixa"
Colección Coca-Cola España
Colección L'Oréal
Colección de la UNED (Universidad Nacional de Educación a Distancia)
Colección Unipublic

BIBLIOGRAFÍA

FRANCISCO CALVO SERRALLER
«Bosque y cristal», catálogo de la exposición *A Forest,* Galería La Cúpula, Madrid, 1986.

JOSÉ RAMÓN DANVILA
«Intimidad y persuasión», *Guía del Ocio*, Madrid, julio de 1986.

FRANCISCO CALVO SERRALLER
«M. A. Blanco, una voz que clama en el bosque», *El País*, Madrid, 11 de julio de 1986.

JOSÉ PÉREZ GUERRA
«Lo real y lo mágico», *Cinco Días*, Madrid, 15 de julio de 1986.

FRANCISCO CALVO SERRALLER, JULIO CARO BAROJA, ANA VÁZQUEZ DE PARGA
Catálogo de la exposición *Naturalezas españolas (1940-1987),* Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, 1987.

JUAN MANUEL BONET
«Naturalezas españolas», *Diario 16,* 27 de noviembre de 1987.

FERNANDO HUICI
«Miguel Ángel Blanco», *El País*, Madrid, 4 de marzo de 1988.

FRANCISCO CALVO SERRALLER
«La fortaleza del guardián», *El País*, Madrid, 5 de marzo de 1988.

ÁLVARO MARTÍNEZ NOVILLO
«Miguel Ángel Blanco, escultura», *ABC de las Artes*, Madrid, 10 de marzo de 1988.

JOSÉ RAMÓN DANVILA
«Miguel Ángel Blanco y el diseño de una utopía», *El Punto de las Artes*, Madrid, 11 de marzo de 1988.

MIGUEL FERNÁNDEZ-CID
«M. A. Blanco», *Diario 16*, *Guía de Arte,* Madrid, 25 de marzo de 1988.

BETTINA DUBCOVSKY
«M. A. Blanco, el arte secreto del bosque», *Diario 16*, *Guía de Arte,* Palma de Mallorca, 17 de marzo de 1989.

RAFAEL PERELLÓ-PARADELA
«La esfera de la conciencia», *Última Hora*, Palma de Mallorca, 4 de abril de 1989.

HUGO BRUTIN
«Miguel Ángel Blanco, libros y esculturas», *Arts, Antiques, Auctions,* n.º 209, Bruselas, julio-agosto de 1990.

FRANCISCO CALVO SERRALLER
«La soledad del bosque», catálogo de la exposición en la Galería Columela, Madrid, 1990.

TOMÁS PAREDES
«El espíritu y la materia», *El Punto de las Artes*, Madrid, 14 de diciembre de 1990.

FERNANDO HUICI
«Alquimia de la tierra», *El País*, Madrid, 5 de enero de 1991.

CARLOS JIMÉNEZ
«M. A. Blanco», *Tiempo*, Madrid, 7 de enero de 1991.

FRANCISCO CALVO SERRALLER (DIR.)
Enciclopedia del Arte Español del siglo XX, Ed. Mondadori, Madrid, 1991.

FRANCISCO CALVO SERRALLER
Escultura Española Actual: una generación para un fin de siglo, Fundación Lugar C, Madrid, 1992.

FRANCISCO CALVO SERRALLER
«El arte emboscado», *El País*, Madrid, 21 de septiembre de 1992.

ADOLFO CASTAÑO
«El arte de Miguel Ángel Blanco», *ABC de las Artes*, Madrid, 25 de septiembre de 1992.

JOSÉ RAMÓN DANVILA
«Miguel Ángel Blanco, el uso de lo natural», *El Punto de las Artes*, Madrid, 2 de octubre de 1992.

MIGUEL FERNÁNDEZ-CID
«Últimos comportamientos pictóricos», catálogo de la exposición *Premio de pintura L'Oreal. VIII Edición,* Casa de Velázquez, Madrid, 1992.

JOSÉ MARÍN-MEDINA
«La novena de L'Oréal», *ABC de las Artes,* Madrid, 3 de diciembre de 1993.

ELENA VOZMEDIANO
«Cosmocrator», catálogo de la exposición en la Galería Bárcena & Cía., Madrid, 1994.

MARCOS-RICARDO BARNATÁN
«Mirar al cielo. La pregunta heterodoxa de Miguel Ángel Blanco», *Metrópoli (El Mundo),* Madrid, diciembre de 1994.

FRANCISCO CALVO SERRALLER
«La herida luminosa», *El País,* Madrid, 19 de noviembre de 1994.

ANA TRASOBARES
«El grabado de la naturaleza», *Diario 16,* Madrid, 24 de noviembre de 1995.

JOSÉ MARÍN-MEDINA
«III Premio Nacional, elogio del grabado», *ABC de las Artes,* Madrid, 8 de diciembre de 1995.

MIGUEL ÁNGEL GARCÍA
«Miguel Ángel Blanco. Arte y naturaleza» (entrevista), *Antena Semanal,* 10 de diciembre de 1995.

JAVIER MADERUELO
Arte y Naturaleza, Huesca, 1995.

FRANCISCO CALVO SERRALLER
«M. A. Blanco expone sus libros del bosque», *El País,* Madrid, 1 de junio de 1996.

MIGUEL FERNÁNDEZ-CID
«El libro blanco de la naturaleza», *ABC de las Artes,* Madrid, 2 de junio de 1996.

MARCOS-RICARDO BARNATÁN
«Veteranos y noveles», *El Mundo, Metrópoli,* Madrid, 18 de julio de 1997.

MARIANO NAVARRO
«Propios y extraños», *ABC de las Artes,* Madrid, 18 de julio de 1997.

FERNANDO HUICI
«Fértil diálogo», *El País, Babelia,* Madrid, 19 de julio de 1997.

FRANCISCO CALVO SERRALLER
«Crónicas artísticas del bosque», *El País, Babelia,* Madrid, 1 de noviembre de 1997.

MARCOS-RICARDO BARNATÁN
«Lo que el viento no se llevó», *El Mundo, Metrópolis,* Madrid, 31 de octubre de 1997.

MIGUEL FERNÁNDEZ-CID
«Miguel Ángel Blanco. El rumor de la naturaleza», *ABC de las Artes,* Madrid, 31 de octubre de 1997.

ISABEL CERVERA
«Miguel Ángel Blanco». *Arte y Parte,* n.º 11, Madrid, octubre-noviembre de 1997, p. 139.

EUGENIO CASTRO
«Dialéctica entre espacio urbano y natural», *Periódico La Cultura,* noviembre de 1997.

SIMÓN MARCHÁN FIZ, VÍCTOR NIETO ALCAIDE Y SAGRARIO AZNAR
Catálogo *Colección de pintura de la UNED,* Madrid, 1998.

MIGUEL FERNÁNDEZ-CID
Catálogo de la exposición *Otras lecturas,* Palacio Episcopal de Málaga y Casa Murillo de Sevilla, enero-marzo de 1998.

JAVIER MADERUELO
«Una escritura de la naturaleza», catálogo de la exposición *Flor de nieve negra,* Diputación de Huesca, 1998.

CHUS TUDELILLA
«Reconocerse en el paisaje», *El Heraldo de Aragón,* septiembre de 1998.

LOURDES BUISÁN
Entrevista en *Diario del Alto Aragón,* 16 de septiembre de 1998.

PILAR GONZALO
«Miguel Ángel Blanco». *Arte y Parte,* n.º 16, Madrid, agosto-septiembre de 1998, p. 66.

JUAN MARTÍNEZ MORO
Un ensayo sobre grabado (a finales del siglo XX), Editorial Creática, 1999.

JOSÉ MARÍN-MEDINA
«Magia y enigmas de M. Ángel Blanco», *El Cultural,* Madrid, 3 de mayo de 2000.

JAVIER MADERUELO
«La cultura del bosque», *El País, Babelia,* Madrid, 13 de mayo de 2000.

FERNANDO CASTRO FLÓREZ
«Los paseos germinales de M. A. Blanco», *ABC Cultural,* Madrid, 20 de mayo de 2000.

ÓSCAR ALONSO MOLINA
«Un libro escrito con tierra», *La Razón, Caballo Verde,* Madrid, 2 de junio de 2000.

JOSÉ LUIS LOARCE
«Miguel Ángel Blanco», *Lápiz,* n.º 164, Madrid, junio de 2000, p. 86.

FERNANDO HUICI
«El canto de la tierra», catálogo de la exposición *Sete Lúas,* Casa da Parra, Santiago de Compostela, 2001.

DAVID BARRO
«M. A. Blanco, la memoria del bosque», *El Cultural,* Madrid, 28 de marzo de 2001.

JOSÉ MARÍA PARREÑO
«Imágenes de la noche en el arte español 1981-2001», catálogo de la exposición *La noche,* Museo de Arte Contemporáneo Esteban Vicente, Segovia, 2001.

FRANCISCO CALVO SERRALLER
«La noche española», *El País, Babelia,* Madrid, 12 de mayo de 2001.

FRANCISCO CARPIO
«Noche encendida e incendiada», *La Clave,* Madrid, 1 de junio de 2001.

FERNANDO CASTRO FLÓREZ
«Gelassenheit. Ein Paar Anmerkungen zum Poetischen Weg von Miguel Ángel Blanco» (Gelassenheit. Unas consideraciones sobre el camino poético de Miguel Ángel Blanco), catálogo de la exposición *Las algas y los Alpes,* Galería Stefan Röpke, Colonia, 2002.

JAVIER BLAS Y CLEMENTE BARRENA
Catálogo de la exposición *El Premio Nacional de Grabado. Diez años de arte gráfico,* itinerante, 2002.

ÓSCAR ALONSO MOLINA
Texto sobre el artista en el catálogo de la exposición *Plural. El arte español en el siglo XXI,* Palacio del Senado, Madrid, 2002.

GUILLERMO SOLANA
«Plural, el arte español en el siglo XXI», *El Cultural,* Madrid, 26 de junio de 2002

FRANCISCO CALVO SERRALLER
«El penúltimo arte español», *El País, Babelia,* Madrid, 13 de julio de 2002.

LUIS GARCÍA MONTERO
«La autoridad del arte», catálogo de la exposición *Dendrologías,* Galería Almirante, Madrid, 2003.

JAVIER DÍAZ GUARDIOLA
Entrevista, *Blanco y Negro Cultural,* Madrid, 18 de enero de 2003.

MARIANO NAVARRO
«Miguel Ángel Blanco, el guardián del bosque», *El Cultural,* Madrid, 23 de enero de 2003.

CARLOTA DE ALFONSO
«Miguel Ángel Blanco. Dendrólogo», *El Punto de las Artes,* Madrid, 31 de enero de 2003.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA
«Horas en Arco», *ABC,* Madrid, 19 de febrero de 2003.

ÓSCAR ALONSO MOLINA
«Miguel Ángel Blanco», *Arte y Parte,* n.º 43, Santander, febrero-marzo de 2003.

MARTHA HELLIÓN
Libros de artista, Editorial Turner, Madrid, 2003.

AURORA GARCÍA
«Celebración del universo», catálogo de la exposición *Geogenia,* Fundación César Manrique, Lanzarote, diciembre de 2003.

JORGE WAGENSBERG
«Crear es seleccionar», catálogo de la exposición *Geogenia,* Fundación César Manrique, Lanzarote, diciembre de 2003.

JAVIER MADERUELO
«Reliquias del tiempo», *El País, Babelia,* Madrid, 27 de diciembre de 2003.

JOSÉ MARÍN-MEDINA
«Miguel Ángel Blanco, sobre tierra y fuego», *El Cultural,* Madrid, 8 de enero de 2004.

ANTONIO SABORIT
«El archivo del tiempo», catálogo de la exposición *Botánica. Miguel Ángel Blanco y Jan Hendrix*, Museo Nacional de la Estampa, México D.F., 2004.

EUGENIO CASTRO
Entrevista, *Arte y Naturaleza,* n.º 32, julio-agosto de 2004.

SANTIAGO ESPINOSA DE LOS MONTEROS
«Miguel Ángel Blanco y Jan Hendrix», *Art Nexus,* n.º 53, 2004.

GUILLERMO SOLANA
«Paisajes de Hendrix y Blanco», *El Cultural,* Madrid, 17 de febrero de 2005.

JAVIER MADERUELO
«Botánica sensible. Miguel Ángel Blanco / Jan Hendrix», *El País, Babelia,* 12 de marzo de 2005.

JAVIER RUBIO NOMBLOT
«El sueño de los orígenes», *ABC, Blanco y Negro,* Madrid, 24 de marzo de 2005.

ALBERTO RUIZ DE SAMANIEGO
«Ánimas del mundo. Acercamientos a la Biblioteca del Bosque de Miguel Ángel Blanco», catálogo de la exposición *Musgo negro,* Abadía de Santo Domingo de Silos (MNCARS), 2006.

JAVIER PORTÚS
«Maestros del Guadarrama», catálogo de la exposición *Visiones del Guadarrama. Miguel Ángel Blanco y los artistas pioneros de la sierra,* La Casa Encendida, Madrid, 2006.

JAVIER ARNALDO
«Mabxidermia», catálogo de la exposición *Visiones del Guadarrama. Miguel Ángel Blanco y los artistas pioneros de la sierra,* La Casa Encendida, Madrid, 2006.

ROCÍO DE LA VILLA
«Miguel Ángel Blanco. Memoria del paisaje», *El Cultural,* Madrid, 26 de octubre de 2006.

JAVIER MADERUELO
«Muestra de realidad», *El País, Babelia,* 28 de octubre de 2006.

ANTONIO COLINAS
«Microcosmos de belleza y conocimiento», catálogo de la exposición *Árbol caído,* Fundación Lázaro Galdiano, Madrid, 2008.

ESCRITOS DEL ARTISTA

«El bosque como generador de imágenes», catálogo de la exposición *A Forest,* Galería La Cúpula, Madrid, 1986.

Catálogo de la exposición *La fortaleza,* Galería Ángel Romero, Madrid, 1988.

«La Biblioteca del Bosque», catálogo de la exposición en la Biblioteca Nacional, Madrid, 1996.

«La revelación natural. Las imágenes del viento», catálogo de la exposición *El vendaval libera las auras,* Galería María Martín, Madrid, 1997.

«Campo a través. Un paseo con Adolfo Schlosser al torreón de la mina y la piedra del rayo», *Arte y Parte,* n.º 13, febrero-marzo de 1998.

«El camino a la carballeira de Santa Minia», catálogo de la exposición *Sete Lúas,* Casa da Parra, Santiago de Compostela, 2001.

Catálogo de la exposición *Las algas y los Alpes,* Galería Stefan Röpke, Colonia, 2002.

Catálogo de la exposición *Dendrologías,* Galería Almirante, Madrid, 2003.

«El ojo volcanizado. Quince días caminando sobre fuego pétreo», catálogo de la exposición *Geogenia,* Fundación César Manrique, Lanzarote, 2003.

«El espíritu del árbol xilográfico», catálogo de la exposición *Botánica. Miguel Ángel Blanco y Jan Hendrix,* Museo Nacional de la Estampa, México D.F., 2004.

«Santuarios naturales», catálogo de la exposición *Musgo negro,* Abadía de Santo Domingo de Silos (MNCARS), 2006.

«Bajo el Pino Solitario», catálogo de la exposición *Visiones del Guadarrama. Miguel Ángel Blanco y los artistas pioneros de la sierra,* La Casa Encendida, Madrid, 2006.

«El poder del árbol caído», catálogo de la exposición *Árbol caído,* Fundación Lázaro Galdiano, Madrid, 2008.

Exposición

Organización
Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales
Subdirección General de Promoción de las Bellas Artes

Diseño y dirección de montaje
Fernando López Cobos

Montaje
Exmoarte S.A.

Transporte
Acruna

Seguros
Stai

Catálogo

Fotografías de las obras
Cuauhtli Gutiérrez

Fotografías documentales
Miguel Ángel Blanco

Textos
Antonio Colinas
Miguel Ángel Blanco

Diseño gráfico
Fernando López Cobos

Fotomecánica
Cromotex

Impresión
Brizzolis

Encuadernación
Ramos

GOBIERNO
DE ESPAÑA
MINISTERIO
DE CULTURA
FLG
fundación
Lázaro Galiano
CONTRA
LA
PIRATERÍA
Defiende tu
cultura